



EVA NIETO

EL LIBRO ROJO
DEL SEXO

EL SECRETO SUCIO DE LOS MILLONARIOS



EL LIBRO ROJO DEL SEXO

El Secreto Sucio de los Millonarios



Por Eva Nieto

© Eva Nieto 2017.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Eva Nieto.

Primera Edición.

*Dedicado a Noelia,
por ser siempre mi fuente de inspiración.*

[Haz click aquí](#)

**para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir
libros gratis**

PRÓLOGO

Cuando Brad Beller vio por primera vez sus manos llenas de sangre, entendió que no había marcha atrás. Luego de tanto tiempo de meditación, había conseguido tomar una decisión que rompía con cualquiera de los esquemas que lo edificaban.

Brian estaba frente a una situación en la que debía seguir adelante o su vida estaría comprometida por el resto de su vida. La búsqueda de la tranquilidad lo había llevado hasta el límite de tomar una vida a cambio de aquello que, había desaparecido de su vida cuando decidió romper las reglas de la misma hermandad que él mismo había decidido iniciar.

Sus manos dejan caer algunas gotas de la espesa sangre que aún mantiene una temperatura cálida. La mirada de Brian se encuentra perdida en el vacío, mientras analiza cuál será su próximo paso.

Debe deshacerse del cuerpo, pero nunca se había visto involucrado en una escena similar, por lo que comienza a hiperventilar. Cae al suelo de rodillas, mientras no puede controlar el llanto al ver el cuerpo sin aliento de quien había compartido tantos momentos especiales con él. Pero hay momentos en los que el destino pone pruebas que determinarán de lo que está hecha una persona.

Sus manos se posan sobre el suelo y dejan marcadas sus manos en la alfombra, lo que alerta a Brian de que el lugar debe estar cubierto de sus huellas, debe eliminarlas. A pesar de ser un momento lleno de dolor y miedo, Brian puede ver con más claridad una posibilidad de ser libre de aquello que lo había atormentado durante los últimos días.

No es un asesino, en su mente no puede considerar la posibilidad de catalogarse a sí mismo como tal, pero la terrible escena que está protagonizando, dice exactamente lo contrario. No puede ver con claridad, sus ojos están llorosos e inundados de lágrimas.

La sangre continúa emanando del cuerpo ya sin vida que yace en el centro de una lujosa sala, decorada con un gusto refinado y delicado. No es la primera vez que Brian visita aquel lugar, ha estado cientos de veces allí, y conoce en

detalle la distribución del lugar, que parece reducirse cada vez más, mientras lo asfixia lentamente, dejándolo sin una molécula de oxígeno. Pero a pesar de los breves episodios de desesperación, Brian vuelve a ponerse de pie y camina en dirección a la cocina de la casa, debe buscar algunas bolsas.

La cantidad de sangre que se encuentra en el lugar, da evidencia de una lucha sin tregua por sobrevivir, no se trata de algo planificado. Será un trabajo muy duro para Brian, limpiar cada rastro que ha dejado a su paso.

Pero desespera al saber que tarde o temprano darán con él y las cosas podrían empeorar, pero la única manera de salir de aquel infierno en el que se encontraba era asesinando a aquellos que querían lo que él había conseguido, y debía mentalizarse de que aquel asesinato, posiblemente sería el primero de varios que tendría que cometer.

A pesar de la continua búsqueda, Brian no logra encontrar las bolsas para poder introducir el cuerpo, por lo que comienza a destruir completamente la habitación. Ya ha perdido el control de sí mismo y no tiene la menor idea de cómo manejarse ante tal nivel de tensión y estrés.

Nadie está al tanto de su presencia en aquel lugar, son las 2:00 AM y el reloj lo aturde con su continuo marcar de los segundos. Mira fijamente a los ojos sin vida de Paul, y busca en su mente una posible solución. La muerte está distribuida por todo el lugar, caos y destrucción, fue lo que dejó aquella confrontación.

Entra a la habitación de Paul Broderick, toma unas sábanas y se dirige rápidamente a la sala de la casa. Envuelve rápidamente el cuerpo de su amigo muerto entre las sábanas e intenta levantarlo, pero aquel sujeto de más de 200 libras, no es nada fácil de movilizar.

Su única alternativa es arrastrarlo hasta el coche, por su mente, el único plan que consigue idear es que el cuerpo debe ser encontrado lejos de la casa. Esto podría darle algo de tiempo.

Paul Broderick es un hombre soltero, ha dedicado su vida a conseguir una increíble fortuna como cirujano plástico. Las mujeres más hermosas de la ciudad de California han pasado por sus manos para realizarse cirugías estéticas.

Cuando el cuerpo del afamado Doctor Broderick sea hallado sin vida en una calle aleatoria de la ciudad, el caos y la cobertura mediática podrían jugar en

contra de Brian. Pero no puede pensar con claridad, así que, con mucho esfuerzo logra introducir el cuerpo en el asiento trasero de su coche. Lo enciende, y debe conducir rápidamente para alejarse de ese lugar lo más pronto posible.

La paranoia se apodera de Brian, quien ve pasar en dirección contraria un coche de policía. Pero no hay manera de que se sepa lo que ha ocurrido, por lo que intenta calmarse rápidamente.

Toma su móvil y busca desesperadamente algún contacto que pueda ayudarlo en esa situación, pero ha perdido la confianza en absolutamente todas las personas cercanas a él. Solo hay un lugar al que podría ir, pero esta persona jamás deberá enterarse de lo que está sucediendo. Conduce de forma descontrolada, y al estar a unos 15 kilómetros de la casa de Paul, detiene el coche de forma repentina.

Se encuentra frente a un contenedor de basura, apaga las luces del coche y medita sobre la situación. Es una horrible pesadilla lo que está viviendo, pero no hay más tiempo, debe actuar. La puerta del coche se abre violentamente y Brian hace un esfuerzo sobrenatural para llevar el cuerpo de Paul hasta el contenedor.

Le retira las sábanas y huye rápidamente del lugar. No hay testigos, Brian ha tenido la suerte de no ser visto, pero no pasará demasiado tiempo antes de que el cuerpo sea descubierto. Debe volver a la casa y dejar todo en orden.

La visión se vuelve borrosa y pierde totalmente el enfoque de lo que hace, debe detener el coche, pero no hay tiempo que perder. Las manos tiemblan y las gotas de sudor corren por su frente, es la primera vez que Brad experimenta tal sensación de adrenalina.

Se encuentra aterrado, pero no puede evitar sentir una gran satisfacción de haberle quitado la vida a uno de los hombres en los que más había confiado e iba a ser responsable de la muerte del mismo Brad tarde o temprano. Era una decisión justa, era la vida de Paul o la de Brad.

Todo permanece tal como lo dejó al abandonar el lugar, así que comienza a limpiar rápidamente el lugar. Mientras recoge algunos vidrios rotos del suelo, se corta levemente la palma de la mano. Brad no puede evitar seguir dejando evidencias en su contra.

A pesar de ser un hombre hábil e inteligente, no tiene experiencia en el manejo

de este tipo de situaciones, por lo que decide limpiar su herida y abandonar el lugar. Es inútil invertir tiempo en intentar cubrir tal escena, todo caerá sobre Brad en algún momento, al menos que logre vincular a alguien más a la escena.

Al sonar el timbre, Paul Broderick jamás se imaginaría que la muerte le esperaba un par de minutos después. Luego de una jornada bastante complicada en el hospital, había llegado completamente agotado a casa.

Después de tomar un baño y servirse un trago de whisky en las rocas, solía disfrutar de un poco de música clásica mientras revisaba algunos de los casos de sus pacientes. Era adicto al trabajo, pero también tenía una fuerte debilidad por las mujeres, y era precisamente esto lo que lo había llevado a la guillotina aquel día.

El volumen de la intensa música que disfruta Paul, no le permite escuchar el primer llamado a la puerta. Tras una leve pausa en la música, pudo notar que alguien estaba llamando con insistencia.

No eran horas de recibir visita, y a pesar de ser un hombre bastante calmado, se dirigió a un compartimiento secreto de su escritorio y tomó un arma. Se aseguró de que la misma estuviese cargada y se dirigió lentamente hacia la puerta. No solía ser un hombre paranoico, pero había un leve presentimiento en aquella situación que lo alertó.

— ¿Quién es? — Preguntó Paul.

No recibió respuesta, por lo que sus sospechas de que se trataba de algo fuera de lo normal, se incrementaron significativamente. Luego de repetir continuamente el procedimiento, y preguntar de quién se trataba, decidió ignorar el llamado. Quizás podría tratarse de algún mendigo o alguien intentando molestar.

Pero de pronto comenzó a sonar el timbre con una insistencia perturbadora que llevó a Paul hasta el límite, dirigiéndose a la puerta de forma violenta y abriéndola repentinamente. Fue una sorpresa para él no encontrar a nadie en los alrededores, pero justo al cerrar la puerta, recibió golpe contundente en la cabeza que lo dejó inconsciente.

Unas manos masculinas toman de los pies a Paul Broderick, quien tiene una pequeña herida en la cabeza, lo arrastra hasta el centro de la sala, mientras su atacante busca desesperadamente algo en los archivos de Paul.

A pesar del fuerte golpe, Paul es un hombre fuerte, así que recupera el

conocimiento rápidamente, pero tiene que manejar la situación antes de actuar. Aún no tiene la oportunidad de identificar a su atacante, pero sabe que este se encuentra en su estudio, busca algo en específico, y debe esperar a que este dé con su objetivo.

A pesar de la continua búsqueda, el atacante no logra dar con su objetivo, por lo que la frustración lo hace tomar una pequeña escultura que arroja contra la pared.

En la misma se encuentra una pintura antigua que es golpeada por el objeto contundente, cae al suelo y deja al descubierto una pequeña puerta secreta que no cuenta con cerradura. Al abrirla, los ojos del agresor se llenan de alegría al ver que, finalmente, ha encontrado lo que ha ido a buscar. La misión ha sido completada, debe abandonar el lugar cuanto antes.

El arma de Paul aún se encuentra en el suelo, luego del golpe, este la dejó caer y el atacante no notó la existencia de la misma. El sujeto intenta salir de allí, pero es interceptado repentinamente por Paul Broderick. Quien ha recuperado sus fuerzas y justo en el momento en que el misterioso sujeto sale del estudio, se encuentra frente a frente con su víctima.

— ¿Brad? ¿Pero qué crees que estás haciendo? — Preguntó Paul, asombrado.

— Sabes muy bien lo que hago aquí. Traté de hacer las cosas de otro modo, pero no me dejaron otra opción. — Respondió Brad.

— Creo que es la decisión más estúpida que has tomado en tu vida. Muéstrame tus manos.

— Sabes muy bien lo que he venido a buscar. Tendrás que matarme antes de abandonar este lugar sin ello.

— Pues lamento mucho tener que hacer esto. — Respondió Paul, mientras apuntaba a Brad.

Paul sin dudarlo un segundo, acciona el arma apuntando directamente a la cabeza de Brad Beller, pero el arma tiene el seguro aún. Esto le da un segundo de reacción a Brad, quien solo se encuentra a menos de 2 metros de distancia de Paul.

Este se abalanza sobre él y comienza una disputa entre los dos sujetos, cuyo desenlace es fatal para uno de ellos. La suerte estuvo del lado de Brad, la muerte dejó salir su frío aliento muy cerca de él, pero el curso de los eventos

había cambiado drásticamente a su favor.

Luego de una batalla que dejó el lugar completamente destruido, finalmente Brad había conseguido salir de aquel lugar con algo que no parecía ser demasiado importante, pero que tenía un significado muy importante para él y otro grupo de caballeros, quienes luego de la muerte de Paul, sabrían quién estaba detrás de todo aquel caos.

ACTO 1

La hermandad

La vida de universitarios es característica, las fiestas y las celebraciones son parte del estilo de vida de un joven lleno de energía y vitalidad. Esto se acentúa de manera significativa cuando se trata de un grupo de chicos adinerados que cuentan con el poder de acceder a casi cualquier cosa que se les ocurra.

En este grupo de chicos se encuentra Brad Beller, un joven californiano que se ha popularizado por ser uno de los mejores exponentes del surf, esto le ha dado la posibilidad de salir con algunas de las mujeres más hermosas y excitantes.

La vida de Brad había sido sencilla desde muy pequeño, su padre era uno de los abogados más exitosos del condado, y esto les había proporcionado gran prestigio. Con el pasar de los años, la personalidad de Brad se fue haciendo mucho más arrogante, típico del niño mimado que puede conseguir cualquier cosa con solo pedirlo.

La naturaleza había sido generosa con él y le había dado la posibilidad de tener una genética excepcional. Un cuerpo lleno de músculos, producto de duras horas de entrenamiento. Pero esto se veía contrarrestado por sus excesos.

Una de las adicciones de este chico, eran las mujeres, no importaba la edad, el color o la procedencia, si podía proporcionarle placer, era la indicada. Brad hacía alarde con sus amigos, que a sus 20 años ya se había acostado con más de 200 chicas, lo que se podía comprobar fácilmente.

El egocéntrico chico tenía la costumbre de realizar un registro del desempeño de cada una de las mujeres con las que se acostaba. No era una actitud muy normal, pero para él, funcionaba a la perfección, ya que siempre sabía con cual podría repetir, y aquellas cuyo desempeño era lamentable.

Sus compañeros de universidad, aunque parecía imposible de creer, contaban con el mismo perfil, eran apuestos, con dinero y con toda la intención de acostarse con cada una de las chicas de la universidad.

A pesar de ser un hombre arrogante y petulante, Brad lograba conseguir la manera de conquistar a la chica que le gustaba, a costa de cualquier cosa. De forma increíble, siempre terminaba enredado entre las sábanas con una hermosa rubia, o con una exuberante morena que se sumaba al registro de mujeres que conformaban su récord privado de citas exitosas o completos fracasos.

Para Brad, el sexo no era más que un pasatiempo, y cada una de las chicas que pasaban por su cama, tenían el privilegio de ser tratadas como unas reinas mientras durara el interés de Brad en ellas.

Pero una vez que llegaba la mañana, todo quedaba en el pasado, era hora de sumar una más al registro y continuar con la búsqueda de la puntuación perfecta en su escala. Los 6 chicos estaban convencidos de que el mundo femenino debía rendirse a sus pies, juntos habían compartido chicas y habían tenido encuentros en los que se acostaban 2 o 3 de ellos simultáneamente con una misma mujer.

Su adicción al sexo cada vez se hacía más intensa e incontrolable, por lo que habían decidido ir un paso más allá. Brad había decidido reunir a los chicos en su casa, tenía una propuesta interesante ante que quizás le daría un poco más de emoción a sus vidas.

Esta nueva idea que había surgido en la cabeza de Brad, era producto de la gran cantidad de hormonas que tenía en su cuerpo, combinadas con un ego inmenso que estaba a punto de convertir a las mujeres de todo Estados Unidos en un blanco físico para el grupo de amigos.

— ¡Caballeros! Es un placer para mí que hayan atendido a mi convocatoria.
— Dijo Brad, dirigiéndose al grupo de chicos.

Todos levantaron sus vasos con licor y cada uno de ellos hizo algún comentario de burla hacia Brad, quien hasta el momento no había sido tomado en serio. La reunión no era diferente al resto, aunque tenía la particularidad de que Brad había prohibido el ingreso de mujeres en aquel lugar. Esto les había parecido muy extraño a los chicos, pero respetaron la norma impuesta por Brad, quien tendría algo muy importante que decir aquella noche.

— Quiero que tomen en serio lo que estoy a punto de plantearles. — Dijo el joven líder.

— Habla ya, los matarás de la intriga. — Gritó Josh Collins.

— Calma Josh, todo a su tiempo. — Respondió Brad.

— ¿Confesarás que eres gay? — Comentó otro de los chicos, Ernest Olsen.

Finalmente, luego de continuas interrupciones, el rostro de Brad Beller cambió completamente, era como si hubiese sufrido una transformación en ese momento. El chico tomó la palabra, mientras era escuchado atentamente por sus amigos, quienes no podían dar crédito a sus oídos al escuchar la propuesta descabellada que había creado Brad.

El chico había ideado la conformación de una sociedad secreta, casi una secta, en la que todos debían lealtad absoluta a un culto. En él, el único objetivo era sumar mujeres al récord personal y poder garantizarle al resto de los miembros, el acceso a estas chicas.

— No seré parte de esto. — Dijo Jeremy White mientras se ponía de pie para marcharse.

— Chicos, les presento el libro rojo. Me tomé la libertad de incluir algunas de mis chicas favoritas. Una llamada y bastará. — Dijo Brad.

Aquel comentario hizo que Jeremy se tomará el tiempo de escuchar mejor lo que tenía que decir Brad, quien explicó las condiciones y las normas que deberían seguir. Era un registro detallado que contaba con fotografías, nombres, dirección, teléfonos y gustos sexuales de las mujeres más atractivas de la universidad.

— Sé que cada uno tiene mucho que aportar, así que los invito a ser parte de esta hermandad del libro rojo. — Dijo Brad.

Aquello enloqueció por completo a los chicos, quienes estuvieron totalmente de acuerdo, aunque todo había iniciado de una forma inocente. La creación de esta red de chicas que podían tener sexo con cualquier miembro de la hermandad, debía permanecer en el tiempo, y extenderse por todo el país.

No habría nuevos miembros, y cada uno de ellos debía garantizar que, si una chica era lo suficientemente buena como para repetir, debía ser incluida en el libro rojo, sin excusas.

Parecía completamente absurdo que una idea tan descabellada como esta llegara a funcionar, pero cuando Jeremy fue designado para poner a prueba la efectividad del libro rojo, los resultados fueron increíbles.

Brad Beller era el creador de aquella hermandad naciente, que, a pesar de ser

un completo juego en un comienzo, con el pasar de los años, las cosas se tornarían mucho más serias en la organización. Ya no eran solo chicos experimentando, eran hombres poderosos con acceso a las mujeres más espectaculares del país.

Jeremy White, quien inicialmente había sido el único que estuvo en contra de aquel plan, fue quien tuvo la posibilidad de evidenciar el poder que tenía aquel libro rojo. No solo tenía la descripción detallada de la chica y sus gustos, tenía el acceso a ella garantizado, pues se incluía en detalle la manera de conquistarla.

Era una forma segura de llevarla a la cama, con una inversión mínima de tiempo y esfuerzo, que no tenía posibilidades de error. Un método efectivo ideado por Brad Beller que complacía a sus compañeros y ampliaba su red de acceso a nuevas chicas.

Ni el mismo Jeremy había podido creer que Eva Jiménez, una chica latina de la universidad, había accedido a salir con él después de intercambiar algunas palabras en la cafetería.

Sabía perfectamente dónde encontrarla y el tipo de cosas que le atraían, así que hizo uso de los recursos que contenía el libro rojo. Cada vez se acercaba más a la posibilidad de llevar a la cama a esta ardiente chica, que, según la descripción, era una amante formidable.

Después de ir al cine, Jeremy invitó a la chica a su departamento, a lo que ella accedió sin ningún problema.

Los temas de conversación y los detalles que había tenido Jeremy con la chica, habían dado resultados favorables, y lo estaban impulsado a una noche de sexo descontrolado con la chica que siempre había deseado y con la que jamás pensó que podría tener oportunidad alguna.

Eva era una chica con una larga cabellera negra, con piel bronceada y un acento seductor. Sus ojos color café y sus largas pestañas resultaban muy atractivos, ya que su rostro era fino y delicado.

Nadie podía evitar quedar atrapado por los encantos de Eva, quien no era precisamente una chica fácil de conquistar, pero el dinero combinado con los recursos adecuados, darían resultados.

Al llegar al departamento, Eva sabía exactamente a lo que había ido a aquel lugar, así que no quiso demorar demasiado tiempo antes de dar el primer

movimiento.

Tal y como lo indicaba el libro rojo. Cada movimiento coincidía con la descripción detallada que se había incluido en su registro, así que no había forma de que Jeremy cometiera una equivocación si tomaba en cuenta cada detalle incluido en el libro sagrado de Brad Beller.

Un vestido corto de color rojo, facilita el acceso a Jeremy, quien se encuentra sentado junto a la chica, besándola apasionadamente, mientras esta acariciaba su miembro con suavidad. Ambos están entregados a la pasión del momento y la temperatura comienza a subir, cuando Jeremy comienza a introducir sus dedos bajo el vestido de Eva.

La chica da acceso absoluto a cualquier deseo de Jeremy, quien disfruta de la chica en ropa interior. Una seductora prenda de color blanco que se pierde entre los enormes y firmes glúteos de la chica. Las manos inquietas de Jeremy comienzan a tocar a la chica, recordando cada detalle de sus gustos.

Comienza de forma suave, mientras la chica comienza a lubricar, debe ser paciente, ya que esta será quien tome la iniciativa de quitarse la ropa interior cuando no aguante más. Eva se coloca repentinamente de pie y baja su panty de forma salvaje, posándose sobre Jeremy, mientras termina de quitar completamente su vestido.

La chica está completamente desnuda, y Jeremy lame sus senos apasionadamente. Sus pezones erectos hacen que el chico aumente sus niveles de excitación, así que comienza a desvestirse. Luego de quitarse el pantalón, Eva queda sorprendida por el tamaño del miembro de Jeremy.

— Vaya sorpresa tenías escondida allá abajo. — Dijo la chica.

— Es todo tuyo, devóralo sin compasión. — Respondió.

A la chica le gustan las ordenes, así que complace a su amante y comienza a devorar el miembro de Javier, el cual pasa de un estado de flacidez a la erección, en un par de segundos. Grandes cantidades de saliva dejan completamente húmedo el pene de Jeremy, el cual ya está listo para comenzar a penetrar a la chica.

— Acuéstate en el suelo, boca abajo. — Dijo Jeremy.

Nuevamente, Eva responde accediendo a la voluntad del chico, mientras este la toma del cabello y comienza a penetrarla violentamente, tal y como a ella le

gusta. La chica se queda impresionada ante las habilidades del chico, y la precisión con la que complace cada una de los detalles que a ella le agradan durante el sexo. La posición vulnerable de la chica, le da la posibilidad a Jeremy de proporcionarle las nalgadas que tanto le complacen, así que comienza con par de ellas.

— ¡Así! ¡Golpea más fuerte! — Dice Eva.

— Esto te gusta, ¿no? — Responde Jeremy.

— Me encanta, no pares.

Jeremy se encuentra en el cielo, mientras disfruta de un excelente encuentro con Eva Jiménez, y aun cuando la tiene redada a sus pies, a punto del orgasmo, no puede creer lo que está viviendo. La chica no se contiene y deja salir un alarido en señal de que ha alcanzado el orgasmo.

Jeremy sigue a la chica y expulsa todos sus fluidos sobre los glúteos de Eva, quien disfruta al sentir cómo las gotas de semen corren por su cuerpo. El libro rojo ha dado resultados, y Jeremy está convencido de que debe estar dentro de esta hermandad. Podrá tener a la chica que quiera, siempre y cuando, esta se encuentre en el libro.

Al encontrarse nuevamente con los chicos, en la siguiente reunión, tuvo la posibilidad de exponerles cada detalle de su encierro, lo que convenció al resto de sus compañeros.

— Pensé que todo era una tontería, pero funcionó. — Dijo Jeremy.

Todos comenzaron a hablar entre ellos, pero fueron interrumpidos abruptamente por Brad.

— Recuerden nuestras condiciones. Ha nacido nuestra hermandad, chicos.

ACTO 2

Medidas extremas

Era más que evidente que la confidencialidad de aquel libro era absoluta. Ninguno de los 6 miembros podría revelar ningún detalle acerca de la existencia del mismo, pues este debería ser castigado de una forma drástica.

Durante los días de universidad, las normas no eran tan estrictas, los chicos disfrutaban de cada una de las mujeres del libro rojo y contaban sus experiencias de éxito en unas modestas conferencias que se llevaban a cabo en la casa de Brad Beller.

Pero tarde o temprano, cada uno de ellos tomaría su camino. Brad Beller, Jeremy White, Josh Collins, Paul Broderick, Ernest Olsen y Pete Graham tenían metas muy diferentes, pero sabían que periódicamente debían reunirse en el mismo lugar a entregar nuevos registros y aportes al libro rojo.

Solo había un original, y permanecía en poder de Brad Beller, quien era el único que había permanecido en la ciudad durante los últimos años. La ausencia de los chicos había sido dura, y su estilo de vida había cambiado drásticamente.

Brad se había transformado, era un hombre sin sentimientos, con una arrogancia increíble, pero con el mismo poder de atracción hacia las mujeres. Con el pasar de los días, las páginas del libro rojo se iban llenando con cada una de las mujeres que pasaban por la cama de Brad.

Se acercaba el día de una nueva reunión de la hermandad de caballeros, quienes durante los últimos 7 años habían respetado con su vida, la confidencialidad del libro rojo.

Desde hacía tres meses, no se había podido concretar una reunión, así que tendrían bastante que aportar a la hermandad. Cada uno de ellos debía realizar aportes regulares, no estaba permitido que solo pudieras disfrutar de los beneficios del libro rojo.

Las normas se fueron haciendo más extremas en cada sesión, ya que la efectividad de la información contenida en las frágiles páginas de aquel libro era fundamental para los hombres, y cualquier rastro de su existencia debía

irse a la tumba con ellos.

Todos asistieron puntuales al lugar habitual, hombres poderosos y adinerados, ya convertidos en ingenieros, pilotos, inversores, y algunos que no habían tomado el camino más correcto. El éxito o la cantidad de dinero que había en sus cuentas era irrelevante a la hora de iniciar una sesión en la hermandad del libro rojo.

Todos sabían que lo único que importaba realmente era la calidad del nuevo material que sería incluido en los registros del libro. Si alguno asistía a la reunión, sin aportes, debía ser marcado como amenazado. Solo tenían oportunidad de dos amenazas antes de ser castigados severamente.

El rendimiento sexual de Ernest Olsen no había sido el mejor durante los últimos meses, había sido diagnosticado de cáncer pulmonar. Los constantes tratamientos y terapias, lo habían dejado fuera de juego, y a pesar de intentar medicarse, no tenía la fuerza suficiente como para poder mantener un encuentro sexual con alguna chica que valiera la pena.

Esto había sometido a Ernest a una situación de estrés que lo llevó al punto del colapso, días antes de la última reunión. Por esto, había decidido quitarse la vida antes de ser humillado por sus compañeros.

Una bala atravesó el cráneo del piloto de vuelos comerciales, quien no soportaría las humillaciones a las que sería sometido al ser amenazado por segunda vez.

Aunque desde la perspectiva de alguien ajeno a la hermandad, las cosas podían estar saliéndose de control, para los chicos era comprensible, ya que manejaban perfectamente cada una de las condiciones establecidas previamente, y debían respetar a la organización por encima de la vida misma.

Brad dedicó unos minutos de silencio antes de iniciar la nueva sesión. Ahora, la hermandad estaba compuesta por 5 miembros, quienes estaban comprometidos más que nunca con el crecimiento del libro rojo.

Periódicamente, se hacían sustituciones de chicas, algunas ya no eran tan atractivas como solían ser, así que eran reemplazadas por nuevas integrantes que tenían el mismo rendimiento mejor que su antecesora.

Para Brad era un trabajo muy serio, y las normas se habían vuelto tan drásticas que incorporaban elementos como la castración, sacrificios y torturas. Esto aumentaba el compromiso de los chicos con la hermandad, nadie estaba

dispuesto a ser parte de un ritual de castigo, solo por no cumplir con las normas.

Ninguno se atrevía a retar a Brad durante las sesiones, existía un respeto impresionante por el creador de aquel sistema que les había dado la posibilidad de llevar a la cama únicamente a mujeres hermosas y sexualmente increíbles.

— Es lamentable lo que le ha ocurrido a Ernest. — Dijo Brad.

— Prefirió la muerte antes que la humillación. Es un cobarde — Dijo Pete Graham

— No permitiré juicios en contra de Ernest. No debió ser una decisión fácil. — Contestó Brad.

La sesión inició normalmente, desarrollándose de manera fluida como generalmente ocurría. Pero las cosas se estaban poniendo tensas alrededor de Paul Broderick, quien era conocido por tener una vida sexual bastante activa y que, en ocasiones, también solía incluir a caballeros.

A pesar de que tenía un gusto increíble por las mujeres, no había resistido la tentación de experimentar con hombres, lo que le había generado un inmenso placer. Sus últimas actividades y encuentros con caballeros, no le habían permitido sumar elementos al libro rojo, por lo que había recibido su primera amenaza.

— Sabes lo que está ocurriendo Paul, no puedes engañarnos para siempre. Conoces las condiciones. — Dijo Brad.

— He cumplido siempre con ustedes, chicos. No pueden juzgarme por lo que hago. — Respondió Paul.

— Puedes hacer con tu vida lo que te dé plazca. Pero tu compromiso con el libro rojo debe ser absoluto.

Paul no pudo contener la mirada sobre Brad, estaba frente a una situación vergonzosa para él y debía resolver cuanto antes aquella situación. No sería difícil para él, encontrar a una mujer al azar que pudiese incluir en el libro rojo.

Pero sabía que, si la calidad de la chica no era la adecuada, podría generar consecuencias peores. El hecho de engañar a la hermandad con una chica de bajo desempeño sexual, podría castigarse severamente con tortura física y

psicológica.

La sesión había sido protagonizada por Josh Collins, quien, aparte de ser el principal proveedor de chicas, después de Brad, era el más misterioso de todos.

El origen de su dinero no se conocía, no había sido el estudiante más brillante durante los años de universidad, pero era lo bastante hábil como para haber conseguido convertirse en uno de los millonarios más importantes de la ciudad de Nueva York.

Josh narraba a sus compañeros, como solo en una noche había tenido la posibilidad de estar con 3 chicas diferentes en situaciones aisladas, aunque solo una de ellas se ganó el ingreso al libro rojo.

— Cuéntanos tu anécdota Josh. Estamos ansiosos por conocer los detalles de esta chica. — Dijo Brad mientras sostenía la fotografía de la chica entre sus manos.

Se trataba de Hanna Lee, una neoyorquina de 23 años que había conocido durante una reunión de negocios en un famoso local nocturno de la ciudad. La chica iba acompañada de un grupo de amigas, pero esta parecía no encajar en ese círculo social.

Era diferente al resto y tenía algo especial que llamó la atención de Josh desde el primer segundo. Tenía un cuerpo espectacular y deseable, Josh no pudo quitarle la mirada de encima desde su entrada al lugar. Lo que generó la cancelación inmediata de la reunión.

Sabía perfectamente que este sería un excelente aporte para el libro rojo, lo que le daría la posibilidad de no ser amenazado. El pantalón ajustado y el abdomen descubierto dejaron hipnotizado a Josh, quien observó a la chica por algunos minutos, así comprobaría si se encontraba sola o esperaba compañía.

El piercing en su ombligo y el abdomen perfecto no podían ser ignorados con facilidad. Josh estaba seguro de que, si no realizaba un movimiento rápido, alguien más se adelantaría y perdería aquella oportunidad.

La chica dejó caer su móvil, y al momento de recogerlo, su pantalón dejó ver una diminuta ropa interior que se asomó en su parte trasera. Josh quedó convencido de que tenía que acercarse a aquella chica de cuerpo escultural y presencia imponente que lo había tenido distraído durante todo el tiempo que permaneció allí.

El chico se puso de pie, y mientras más se acercaba, más descubría detalles en la belleza de la desconocida chica, quien contaba con algunos tatuajes en su cuerpo que aumentaban su atractivo.

No era una chica cualquiera, necesitaba llevarla a la cama esa noche, así que se movía con cuidado y observaba detalladamente cada uno de sus movimientos. El grupo de chicas que acompañaba a Hanna, repentinamente la dejó sola, siendo la oportunidad perfecta para la llegada de Josh.

— ¿Puedo invitarte un trago? — Comentó Josh.

La chica quedó impresionada al ver a aquel corpulento caballero, quien solía vestirse muy bien. Su ropa era evidentemente de diseñador, y el timbre de voz era muy seductor.

No fue complicado iniciar una conversación con ella, quien luego de unos minutos abandonó a su grupo de amigas y se fue a una mesa con Josh, donde estuvieron conversando durante un par de horas. Pero ya Josh se estaba impacientando, aunque disfrutaba de la compañía de la chica, quería asegurarse de llevarla a la cama aquella noche.

— ¿Te parece si vamos a un lugar más silencioso? — Dijo Josh

— Claro, vamos a mi casa. — Respondió Hanna.

La chica se encontraba completamente seducida por Josh. Quien había entablado diferentes temas de conversación, pero su principal arma había sido la mirada intensa. Esta parecía haber encantado a la chica hasta el punto de querer salir de allí y llevar a Josh directamente a su casa.

Todo estaba saliendo como lo había planeado, la chica subió al coche de Josh y se dirigieron a la casa de Hanna. Al llegar al lujoso edificio, Josh pudo notar que no se trataba de cualquier chica, debía ser hija de algún millonario de la ciudad.

Efectivamente, Hanna era la hija de un importante productor musical, quien se había hecho famoso gracias a una gran cantidad de raperos que había emergido en la ciudad.

La chica dejó completamente solo a Josh en la sala de espera de su departamento, quien veía impresionado ante la cantidad de lujos absurdos a los que tenía acceso la chica. Esto podría representar una ventaja para él, ya que no necesitaba conquistarla con dinero, la chica estaba allí para el sexo, y

era lo único que a él le importaba.

Hanna volvió con una lencería increíblemente sexy, encaje negro y poca tela eran las principales características. No esperaba que las cosas avanzaran tan rápido, pero rápidamente Josh se quitó la chaqueta y comenzó a abrir los botones de su camisa, uno a uno. La chica llevaba en sus manos dos botellas, una contenía lubricante y la otra contenía aceite aromatizado, especial para masajes eróticos.

— Quiero verte completamente desnudo. — Dijo Hanna, mientras acariciaba su abdomen con sus dedos.

Una vez que Josh cumplió con las instrucciones de la chica, esta se acercó lentamente a él y lo tomó de la mano.

— Vamos a mi habitación. — Dijo la chica.

Cuadros de mujeres desnudas, maniqués con lencería de cuero, luces tenues y una música muy estimulante formaban parte del ambiente del lugar. La chica comenzó a verter el aceite por todo el cuerpo de Josh, mientras este yacía acostado en la cama, totalmente realojado.

La chica hacía todo el trabajo. Sus manos frotaban el miembro aceitoso de Josh, mientras alterna con su boca. Es el mejor sexo oral que ha recibido en su amplia experiencia, sin lugar a dudas.

La chica de cabello castaño se acuesta en la cama y abre sus piernas, mientras coloca un poco de lubricante en su zona vaginal y un poco más en la región anal.

— Frótame un poco antes de penetrarme. — Dice Hanna.

Josh introduce sus dedos en la vagina de la chica, quien demuestra la satisfacción que experimenta. El chico se arriesga e introduce un dedo en su ano, a lo que la chica responde de forma positiva.

Josh se posa sobre Hanna y comienza a penetrarla con suavidad, mientras una de sus manos se desliza por sus muslos y se dirige a introducir su dedo lentamente en su ano. La chica gime, muestra algo de dolor en su expresión, pero no le pide que pare.

Josh disfruta de la calidez de la chica, su vagina ajustada le genera una increíble sensación de satisfacción. Cambian rápidamente de rol y la chica se posa sobre él, y con cada movimiento acerca más a Josh hacia la cúspide del

placer.

Los pechos de la chica se sacuden mientras las penetraciones se hacen más intensas. Ambos alcanzan el orgasmo de una forma intensa y desenfrenada. Hanna es una inclusión segura para el libro rojo, no hay duda de que Josh ha quedado satisfecho.

ACTO 3

Primer contacto

Todo se había tornado oscuro y retorcido dentro de la hermandad, a pesar de no haber un responsable directo, ya había cobrado una vida. El hecho que de que Ernest hubiese tomado la decisión de morir antes de enfrentar a la hermandad, no suponía algo común.

Los 5 miembros restantes tenían un compromiso incuestionable de seguir adelante con este culto a las mujeres, con el mejor desempeño sexual para ser incluidas en el libro rojo.

Ya era la hora de que cada uno volviera a sus respectivas casas, después de una sesión llena de anécdotas y experiencias excitantes y algunas nuevas inclusiones en el libro, cada uno de los miembros de la hermandad debía regresar a su rutina habitual hasta una nueva reunión.

El reloj estaba corriendo una vez más y cada uno tenía la obligación de dar con alguna chica que valiera la pena ser sumada a las filas de la hermandad. Pero la responsabilidad que se estaba acumulando sobre los hombros de Brad ya estaba siendo incontenible.

Cada noche, tenía la posibilidad de acceder a cualquiera de las chicas, todas eran una opción segura, lo que estaba resultando bastante aburrido para él. Ya no contaba con la emoción de conquistar a alguien realmente por lo que representaba para él.

Todo se había vuelto un círculo vicioso enfocado en el libro rojo. Prácticamente todo lo que tenía que ver con su vida, estaba ligado directamente a la forma en que se desarrollaban las cosas entorno a este libro.

Pero no podía abandonar las cosas, en ese punto, conocía perfectamente las consecuencias de intentar dejar la hermandad. No había un pase de salida ni la posibilidad de simplemente abandonarlo todo.

En aquel libro se encontraba el contacto de una gran cantidad de mujeres del país, muchas de ellas eran actrices reconocidas de televisión, reporteras, inclusive miembros del gobierno de los estados unidos habían sucumbido ante los encantos del quinteto de hombres que conformaban esta organización

secreta.

El mismo Brad estaba siendo víctima de todas las reglas que había impuesto para mantener la confidencialidad y la solidez en la hermandad. Hasta el momento, era el único que sentía la necesidad de abandonar todo, inclusive el mismo Paul Broderick recobró el entusiasmo después de aquella noche.

No era nada sencillo tener el control de la hermandad, y como fundador, representaba el pilar de contención de esta. Todo podría haberse discutido hasta llegar a un acuerdo, pero la muerte de Ernest los había condenado.

La decisión de Ernest pasaba por encima del hecho de estar atravesando una dura enfermedad que ya había llegado a una etapa terminal. Se trataba de que su tranquilidad había dejado de existir, únicamente pensando en la imposibilidad de cumplir con la hermandad del libro rojo.

Al no tener posibilidad de abandonarla sin consecuencias graves, prefirió dejarlo todo a un lado y quitarse la vida. Estos hombres se caracterizaban por ser solitarios, ninguno tenía una relación estrecha con su familia y debido a la adicción por las mujeres, no habían conseguido formar una familia.

Esto hasta cierto punto estaba enloqueciendo a Brad, quien, a sus 27 años, sentía que su vida se estaba consumiendo únicamente en la protección y control de la organización.

Muy en el fondo comenzaba a sentir la necesidad de compartir sentimientos con alguien, pero pasaría por encima de todos los principios que había defendido durante tanto tiempo. La lucha interna que tiene que librar Brad Beller, lo lleva a considerar la misma alternativa de Ernest, y tomar su propia vida en sacrificio para salir de aquella situación.

Brad cuenta con un círculo de amigos reducido, entre ellos se encuentra Jane Dawson, una importante redactora de uno de los diarios más prestigiosos de la ciudad. A pesar de ser su mejor amiga y confidente, no conoce el oscuro secreto que guarda Brad.

Una noche, al no aguantar la ansiedad, Brad decide salir a compartir unos tragos con la chica, quien goza de una inteligencia incomparable, del tipo de personas con la que puedes conversar durante horas. Después de pensarlo mucho, marcó su número desde el móvil.

— Necesito verte, Jane. — Dijo Brad.

— Te escucho un poco estresado. ¿Te sientes bien? — Preguntó la chica.

— Solo necesito tomar un trago. ¿Te animas?

— Será un placer. Pasa por mí a las 7:00 en punto e iremos a donde quieras.

Los minutos parecían interminables para encontrarse con Jane. Brad se había destacado como inversionista, siendo un elemento fundamental en una gran cantidad de compañías de la ciudad de California.

Pero su estado emocional había afectado sus finanzas y ya las cosas no estaban saliendo tan bien como deberían. No se encontraba enfocado, y solo podía pensar en una forma efectiva de salir de aquella situación tormentosa en la que él mismo se había metido años atrás.

Jane siempre había servido como un estabilizador emocional para Brad, sus palabras solían ser muy efectivas para tranquilizarlo. Esta chica sabía perfectamente la clase de ser humano que había dentro de Brad, muy por encima de toda esa coraza protectora llena de arrogancia.

Era la única mujer con la que podía sincerarse ante la situación que estaba afrontado, de lo contrario estallaría como una granada en cualquier momento. Las conversaciones con Jane Dawson estaban cargadas de emotividad, y a pesar de no haber ningún atractivo sexual en ella, era la mujer más importante en la vida de Brad.

La puntualidad era fundamental para poder salir con aquella chica, un minuto de retraso se traducía en una cancelación inminente de la cita. Brad lo sabía, por lo que siempre solía estar a las afueras de la casa de Jane unos 5 minutos antes de la hora acordada.

— Puntual como siempre. — Dijo la chica al subir al coche de Brad.

— ¿Qué quieres hacer? ¿A dónde quieres ir? — Preguntó el caballero.

— Pensé que tenías algo en mente. Llévame a donde quieras, excepto a un hotel.

— No eres tan afortunada. — Respondió el sarcástico Brad.

Estuvieron conociendo por algunas horas, pero ningún lugar les resultaba atractivo para permanecer allí. Jane era una chica discreta, le gustaban los lugares silenciosos y modestos, por lo que decidieron ir a un restaurante de comida rápida y así, salir de la rutina. No es algo a lo que está acostumbrado

Brad, pero accede sin demasiadas complicaciones, solo necesita calmar su mente.

El lugar es muy agradable y no cuenta con demasiadas personas, justo lo que busca Jane. Mientras más apartado y solitario sea el lugar, más cómoda se sentirá la chica. Toman asiento en una mesa que se ubica al fondo del lugar, el cual está decorado con algunos cuadros con famosas celebridades de la cultura pop.

Cada uno de ellos representa una forma de romper el hielo e iniciar una conversación sobre algún dato curioso por parte de Jane. Era como hablar con una especie de enciclopedia humana, manejaba datos e información muy interesantes.

Una mujer con un sobrepeso evidente se les acerca y toma su orden.

— ¿Van a ordenar algo o solo se quedarán mirándome? — Dijo la obesa mujer.

Ambos no pudieron contener las risas, no había nada de malo en el aspecto de la mujer, pero su mal humor les causó mucha gracia.

— Dos hamburguesas con queso, por favor. — Dijo Brad.

— Enseguida vuelvo. — Dijo la mujer mientras daba la vuelta en dirección a la cocina.

Era la primera vez que visitaban aquel lugar, y parecía que la ausencia de personas se debía a la mala atención que recibían los clientes.

— Siempre terminamos en lugares extraños por tu culpa, Jane. — Dijo Brad.

— Te dije que fuéramos al lugar de tu preferencia. Tú fuiste quien nos trajo hasta aquí.

Pero Brad no estaba de ánimos para iniciar una confrontación con la chica, lo único que deseaba era disfrutar de la compañía de una mujer inteligente y una buena comida.

— Sé que algo te ocurre. ¿Quieres hablar de ello? — Preguntó Jane.

— Es más complicado de lo que crees. Pero sí, necesito de tu ayuda.

Los dedos de Brad golpeaban suavemente la superficie de la mesa mientras observaba al horizonte en busca de las ideas exactas que quiera exponer a Jane. Pero no podía explicarle la situación en la que se encontraba.

Sabía que las consecuencias de la ruptura del pacto de silencio se podían pagar con sangre, e involucrar a Jane no era justo. Tenía que improvisar rápidamente e iniciar un tema de conversación que se ajustara al nivel de preocupación que expresaba su rostro.

— Me siento realmente solo, Jane. — Dijo el afligido Brad.

— Sabía que tarde o temprano el magnate y soltero conquistador comenzarían a ceder. — Respondió Jane.

— Quisiera conocer a alguien especial con quien compartir momentos agradables y auténticos.

— Sé que no tienes problemas para llevar mujeres a tu cama. No entiendo a qué te refieres.

— Precisamente. Todo se trata de sexo y dinero. Tengo años viviendo bajo el mismo esquema. Algo debe cambiar.

De pronto fueron interrumpidos por una hermosa chica que se ajustaba perfectamente al gusto de Brad. La chica se había acercado a pedirles un encendedor para su cigarrillo.

— Disculpen el atrevimiento ¿Tienen fuego? — Dijo la chica.

Jane pudo notar como la expresión en el rostro de Brad cambió drásticamente y había pasado de ser un hombre derrotado a ser un feroz animal que acecha a una presa. No pudo evitar sonreír al ver que lo único que podía devolverle el ánimo a Brad era una minifalda.

La chica no estuvo demasiado tiempo junto a ellos, en unos segundos ya se había alejado de la mesa, robando la atención Brad. Podía verla desde su ubicación, se encontraba acompañada de un par de amigas igual de atractivas.

— ¡Hey!, despierta. Sigo aquí. — Dijo Jane.

— Disculpa, soy un imbécil. — Respondió Brad.

— Sé que no puedes resistirte a unas buenas piernas. Esa chica es muy hermosa. ¿Pero no me hablabas sobre tu soledad?

Nuevamente fueron interrumpidos por la camarera, quien llegaba a la mesa con la orden de hamburguesas de la pareja. Era la excusa perfecta para evadir el tema e intentar mantenerse a salvo.

Después de que había sido el mismo Brad, quien había solicitado el apoyo de

Jane, ahora estaba buscando la manera de no enfrentar la situación. Jane era una mujer muy receptiva, y sabía que había algo turbio en la mirada de Brad que no podía ocultar para siempre. Pero su paciencia le había dado resultados en su carrera como reportera, tarde o temprano Brad hablaría.

— Sé que ocurre algo, cuando tengas el valor de hablar, estaré para ti. — Dijo Jane, mientras abandonaba el coche de Brad, al finalizar la noche.

— Siempre es un placer contar con tu compañía, Jane. Volveremos a vernos pronto. — Respondió Brad.

— Debes descansar, tu rostro no cuenta buenas historias. Sea lo que sea por lo que estés pasando, debes superarlo o te consumiré.

Brad puso en marcha el coche y fue directamente a casa, las palabras de Jane habían estremecido su pensamiento.

ACTO 4

La búsqueda

Una hermosa chica sale del cuarto de baño de una habitación de hotel. Es un lugar pequeño, adecuado para un encuentro casual entre dos personas que sé que acaban de conocer.

Una gran maleta se encuentra a un lado de la cama, mientras la chica seca su cabello con una toalla y camina lentamente hacia la cama, donde yace acostado Paul Broderick. El prestigioso médico millonario ha conseguido una nueva oportunidad con una chica para poder presentar nuevo material para el libro rojo.

La atractiva chica de piel blanca y cabello negro se hace llamar Mandy Burns, su cuerpo es espectacular, cabello negro hasta la cintura, ojos verdes y un rostro angelical que despierta todo el morbo de Paul.

La chica es aficionada a la danza y el ballet, por lo que goza de una figura estilizada y con glúteos y senos pronunciados. Esta chica resulta ser la hija de una de sus pacientes, la chica de 22 años, es justo lo que necesita Paul para finalmente quitar la amenaza que se ha colocado sobre él en la hermandad.

Paul se encuentra completamente desnudo acostado en la cama, solo tapa la zona genital con una suave sábana blanca, la cual no es obstáculo para que pueda evidenciarse una erección enorme del caballero.

— Veamos que tienes para mí, doctor Broderick. — Dijo Mandy, mientras se subía a la cama.

— Tengo un jugoso regalo para ti. ¿Tienes hambre? — Respondió Paul.

— Muéstrame lo que tienes, déjame ver a tu amiguito.

Paul levantó la sábana y dejó ver su erecto miembro. Un ejemplar perfecto, con las dimensiones exactas que no lo hacían exageradamente grande, ni lo ubicaban en la categoría de micro pene.

A pesar de no estar excesivamente dotado, Paul sabía cómo complacer a una mujer, pero sus constantes juicios a sí mismo, lo habían inclinado a estar con algunos hombres durante el transcurso de su vida.

La chica comienza acariciar la pierna de Paul, mientras este experimenta una tensión increíble en su zona genital. Las manos de Mandy tienen una electricidad particular que despiertan sensaciones increíbles en Paul.

— Que delicia lo que tienes allí. ¿Puedo saborearlo, aunque sea un poco? — Pregunta Mandy, mientras roza con su dedo, el miembro de Paul.

Paul asiente con la cabeza y permite que la chica deguste de su jugoso miembro, el cual está en su máxima expansión. La chica se coloca en una posición más cómoda, sin quitar su bata de baño y comienza a succionar el pene con mucha pasión y deseo.

El gusto que muestra a su mirada fija en los ojos de Paul, reflejan un deseo incomparable. Mientras introduce una y otra vez el miembro erecto en su boca, Paul no puede evitar sentir como su lengua acaricia con destreza su glande. La chica tiene un talento increíble para el sexo oral y hace su mejor trabajo con Paul.

— ¿Qué tal si dejamos que tu amiguito conozca la profundidad de mi vagina? — Dice Mandy.

— Solo un poco más. Me encanta como lo devoras todo. — Responde Paul.

La chica continúa practicándole sexo oral a su amante, pero antes de continuar, quita su bata de baño, dejando ver una lencería especial para la ocasión. El rojo es el color favorito de Paul, y la ropa de la chica casualmente coincide con el gusto del caballero.

— Oh, mi color favorito. Te ves increíble. — Dice Paul.

— Me alegra que te guste. ¿Quieres que haga algo especial para ti?

— Ya que lo mencionas. Tienes una maleta justo detrás de ti, ábrela.

La chica abre lentamente la maleta, encontrando en su interior una gran cantidad de juguetes sexuales.

— Eres un perverso. ¿Qué deseas que haga con esto? — Preguntó Mandy.

— Toma el de color azul e introdúcelo en mí, mientras sigues succionado.

La chica complace los deseos de Paul, quien se relajó para que la chica introdujera lentamente un juguete sexual en su ano. Simultáneamente succionaba con fuerza, mientras las gotas de fluido corrían hasta la base del miembro de Paul.

La chica presiona un interruptor de encendido en el artefacto, el cual comienza a vibrar levemente. La estimulación que experimenta Paul, es incomparable. La chica extrae el juguete, y simultáneamente comienza a introducir el miembro de su amante hasta las profundidades de su garganta.

— Ven aquí, quiero probar tus pezones. — Dijo Paul, mientras tomaba del cabello a la chica.

La chica se quita el sujetador para dejar ver unos pechos voluptuosos y firmes. Toda una obra de arte producto del mismo Paul, quien ha operado sus senos hace un par de años atrás. La chica nunca se había mostrado interesada en él, pero aquel día, por alguna razón desconocida para Paul, todo había fluido perfectamente, hasta tenerla tal como lo deseaba en su cama.

La chica disfruta de las suaves caricias que le proporciona el caballero con su lengua. Se pasea desde su abdomen hasta sus pechos con una fluidez magistral. Mientras Paul disfruta de sus pechos, Mandy no puede contenerse ante la necesidad de quitarse el panty.

Esta tan distraído perdido entre los pechos de la chica que no puede percatarse de que la chica toma su miembro y se lo introduce rápidamente, comenzando a mover su cadera.

Paul penetra a Mandy con mucha fuerza, mientras muestra satisfacción a través de una sonrisa sensual que enloquece a Paul. La chica comienza a conocer los gustos de Paul, así que después de unos minutos se dirige nuevamente a su miembro y comienza a lamerlo intensamente. Toma de nuevo el juguete favorito de Paul y comienza a penetrarlo con más fuerza esta vez.

— ¿Te gusta así verdad? ¡Profundo! — Dice la chica.

Paul lo disfruta de tal modo que no tiene fuerzas para contestar, la chita continúa penetrándolo, pero ya es su turno de disfrutar, así que le da la espalda a Paul y se sube nuevamente sobre él.

Mientras la penetra, Paul puede disfrutar de sus glúteos y su delicada espalda. La chica cabalga a su corcel como si no hubiera un mañana. Los gemidos se funden, mientras disfrutan de una sesión de sexo formidable. Pero hay mucho más que explorar en la maleta de Paul.

Una nueva visita al universo que ocultaba el creativo Paul en su conjunto de accesorios, pudo encontrar unas esposas que serían de gran utilidad para someter a Paul, así brindarle un poco de diversión.

Lo esposa al espaldar de la cama, y así, la chica tenía todo el camino absolutamente libre para hacer cualquier cosa que quisiera, sin que Paul pudiera intervenir. Dentro de la maleta había juguetes sexuales de todo tipo, parecía una tienda de dulces para alguien adicto al sexo.

La chica tomó algunos de estos curiosos objetos y comenzó a experimentar con Paul, quien mostraba una gran satisfacción con cada una de las acciones de la chica. A pesar de que Mandy no tenía demasiada experiencia en este ámbito, lo que estaba viviendo con Paul, le iba a representar muchos años de experiencia. Era un hombre creativo y abierto al sexo, siempre y cuando fuera divertido, no tenía problemas con darle una oportunidad para experimentar.

La sesión había durado unas cuantas horas y ya Paul estaba agotado. Mandy quería alcanzar el orgasmo, así que decidió liberar a su amante, quien estaba desesperado por expulsar toda su pasión con la chica. Ambos se pusieron de pie a un lado de la habitación, mientras Paul comenzó a penetrar a la chica por detrás.

— Quiero que me hagas llegar, Paul. Así, sigue así. — Repetía Mandy.

— Te haré disfrutar como nunca antes. Serás solo para mí. — Respondió Paul.

La chica se sacudía desesperadamente contra la pared, mientras las manos de Paul rodean las caderas de la chica, proporcionándole continuas penetraciones que estimulaban cada partícula de la chica.

Era un encuentro lleno de locura y demencia. A pesar de que no se conocían, están totalmente compenetrados en el acto. Sus cuerpos se movían en una sincronía casi perfecta que se podía confundir fácilmente con una coreografía creada por el mejor acróbata del mundo.

Sus cuerpos están agotados, pero la búsqueda del punto máximo, los mantiene enérgicos. Mandy gime con fuerza y alienta a Paul a ser parte de sus alaridos de placer. Ambos están al borde de una explosión orgásmica, con cada segundo y con cada penetración, están más cerca del clímax.

Paul no puede aguantar más y aprieta los senos de la chica, lo que dispara sensaciones en ella totalmente desconocidas. Parece que quiere aferrarse y resistir, pero no aguanta más y eyacula dentro de la chica.

Esta puede sentir como Paul expulsa con intensidad, su descarga dentro de ella, mientras la chica experimenta espasmos cercanos al orgasmo.

— Sigue, no te detengas. — Dice Mandy.

Sacando fuerzas de donde no había ninguna posibilidad de obtenerlas, Paul continúa estimulando a la chica, a pesar de que se encuentra completamente agotado.

Finalmente logra llevar a la chica al punto deseado, donde explota en gemidos y se retuerce como si estuviera siendo poseída por una entidad demoníaca. Paul y Mandy se hayan satisfechos, sin duda alguna, es una historia para contar en su próxima reunión con la hermandad.

La pareja decide pasar juntos el resto de las pocas horas que faltan para el amanecer. En la mañana, todo deberá quedar en el olvido para Paul y deberá preparar el informe para el libro rojo. Después de un encuentro apasionado, en el que la chica fácilmente podría ser catalogada como una de las mejores de toda la selección de mujeres incluidas en el libro.

A cientos de kilómetros de distancia se encuentra Brad Beller, quien no ha podido conciliar el sueño en toda la noche. Su mente continúa dando vueltas y amenaza inminentemente con trastornarlo.

La idea de una desaparición absoluta ronda en su cabeza, pero sabe que los chicos usarán todas sus influencias para encontrarlo y todo podría terminar siendo aún peor. Pero otra de las imágenes que llega continuamente a su cabeza es la de aquella chica que se acercó en el restaurante a pedirle fuego para su cigarrillo.

Su mirada y su voz no habían pasado desapercibidas para Brad, quien, a pesar de ser un cazador furtivo, esta vez, había sentido algo diferente. La dulce voz de la chica rubia de baja estatura y su cuerpo exuberante, se reproducía una y otra vez en su cabeza como si una grabadora automática hubiese tomado el momento y se hubiese incrustado en su cerebro durante la noche.

No tenía idea de quién era la chica y era la primera vez que la veía en la ciudad. Quizás podría tratarse de una turista o su ausencia de aquel tipo de lugares no le permitía entrar en contacto con ese tipo de personas.

Solía estar con mujeres más sofisticadas, de un estrato social más elevado, por lo que no entendía como una chica tan simple, había llamado tanto su atención. El morbo de obtener algo que no conocía, despertó en Brad la necesidad de buscar incansablemente a aquella chica, hasta corroborar si era apta para el libro rojo.

Una vez más el libro venía a su cabeza, no había pensamiento que no lograra hilar con él. La obsesión es muy grave y es una necesidad incontrolable la que siente por experimentar nuevas sensaciones con esta chica. Sabe que debe moverse pronto ante la posibilidad de que la chica salga de la ciudad.

No cuenta con datos ni fotografías, solo su recuerdo y la posibilidad de que en el restaurante que había visitado dos noches antes, puedan proporcionarle algo de información respecto a la chica.

Brad tiene dos días buscado incansablemente a la misteriosa mujer, pero no fue sino hasta ese momento en el que decidió conducir hasta el lugar donde la vio por primera vez.

— Hola, guapo. Volviste. ¿Qué puedo hacer por ti? — Preguntó la mesera.

Luego de describir a la chica, esta pudo darle algunos detalles sobre ella.

— Creo que te refieres a Alice Adams, suele venir aquí con frecuencia. Es una linda chica.

ACTO 5

El poder de la atracción

Pecas en el rostro, ojos azules delicadamente delineados, resaltando aún más la belleza de los mismos. Una mirada como esa no podía ser olvidada con facilidad, y precisamente era lo que estaba ocurriendo en la vida de Brad.

La chica se había incrustado en lo más profundo de su pensamiento, no sabía absolutamente nada de ella, solo que era la persona que había despertado en él, una sensación completamente nueva que mezclaba curiosidad y deseo muy intenso por llevarla a la cama. Solo tenía una pista, debía seguirla.

Alice no había tenido una vida muy sencilla, ni cómoda como la de Brad. Había tenido que comenzar a trabajar desde muy joven para ayudar con los gastos del hogar, tenía una hermana mayor que había salido embarazada muy joven y fue abandonada por el padre del bebé.

Todos en la familia decidieron prestar su apoyo a la desafortunada chica, quien, a pesar de estar en condiciones para seguir adelante, cayó en una fuerte depresión. Alice había dejado sus estudios en la universidad y se había dedicado a conseguir algo de dinero para mantener la economía de su hogar.

El padre de Alice no había tenido demasiada suerte como vendedor de pólizas de seguro. Eventualmente conseguía un nuevo cliente y esto era siempre un motivo de celebración en el hogar.

Su madre nunca había trabajado sino hasta muchos años después de casada, la crisis financiera de su hogar la había obligado a tomar el control de la situación y comenzó a trabajar como secretaria en una firma de abogados ubicada al otro lado de la ciudad. El traslado terminaba por agotar a la abnegada mujer que buscaba ser un soporte en su familia. Todos eran muy unidos.

Alice Adams, aprendió desde muy joven el valor del dinero y no contaba con demasiado tiempo para ir a fiestas o celebraciones. Solo podía sacrificar algo de su tiempo de descanso en salir a compartir con algunas compañeras de trabajo.

Entre tantos oficios que había aprendido la hermosa chica a lo largo de su

juventud, se había desempeñado muy bien en el área del modelaje, había sido utilizada como imagen de algunas marcas de ropa locales, nada ostentoso, pero los pagos eran lo que ella necesitaba para poder cumplir con su parte en la economía familiar.

Un punto a favor que siempre tuvo la chica, fue el hecho de tener una personalidad muy extrovertida. Podía hacer amigos con facilidad, no era muy inteligente, ni culta, pero era extremadamente agradable y siempre se encontraba de buen humor.

Pese a todas las adversidades que había tenido que afrontar, Alice Adams siempre tenía una sonrisa para mostrar, su rostro iluminaba cualquier lugar con solo mostrar su sonrisa con dientes perfectos, que hablaban por sí solos de una genética impecable. Compartir con la chica era una experiencia formidable y con solo cruzar un par de palabras, Brad lo había descubierto.

Tenía que encontrar la forma de coincidir nuevamente con ella. Los días siguientes, asistió al lugar a horas similares en las que había visto a la chica por primera vez, pero sin éxito alguno.

La mirada de la camarera era de absoluta lástima, al ver como Brad se sentaba allí como un niño completamente indefenso, a la espera de la llegada de Alice. Podía usar su dinero y recursos para rastrearla, pero quería hacerlo de forma más personal, quería acceder a la chica sin trampas ni engaños, estaba dispuesto a hacer las cosas bien esta vez. Pero su paciencia estaba llegando al límite.

— ¿Estás seguro de que seguirás haciendo esto? — Preguntó la camarera, quien resultó llamarse Beth, como su madre.

— Creo que ya me daré por vencido. Esto es inútil, debo recuperar mi vida.

— Contestó Brad.

— Es una chica afortunada al tener a un hombre como tú, interesado en ella. Pero quizás no es el momento.

— Puede que tengas razón. Tráeme un café sin azúcar, por favor. Al terminarlo me iré. — Finalizó Brad.

Beth caminó con su característico balanceo, en dirección a la cocina mientras el restaurante se quedó completamente vacío. Solo se encontraba Brad Beller con la mirada fija en la puerta, a la espera de la entrada de aquella chica, tal como en las últimas noches.

No era alguien que aceptaba el fracaso de la mejor forma. Un fuerte golpe sobre la mesa evidencia su frustración y su puño permanece cerrado. Es la primera vez que hace todo ese esfuerzo por alguien y no es recompensado como generalmente ocurre. Es un hombre que no puede aceptar un “no” de la vida, así que cierra sus ojos y comienza a imaginar nuevamente a Alice, intentando proyectarla en aquel lugar.

Al abrirlos, tenía la esperanza de que se encontrara allí. En su interior existía una fuerte ilusión de que algún poder mágico haría su intervención para unir a la pareja. Pero no es así como ocurren las cosas en la vida real, así que no esperó que Beth regresara con su café, se puso de pie y decidió salir de aquel lugar que parecía estar asfixiándolo.

Extrajo del bolsillo de su camisa, un cigarrillo de su marca favorita, e introduciendo la otra mano en el bolsillo del pantalón, buscaba su encendedor, el mismo que le había facilitado a la chica para encender su cigarrillo.

Brad comienza a caminar de un lado al otro antes de dirigirse a su coche, necesita calmar la ansiedad y desesperación que lo está consumiendo. No ha querido estar con ninguna otra chica, su mente está poseída por ese único recuerdo que se repite una y otra vez en su cabeza.

La voz de Alice es inolvidable, dulce y llena de paz, esa paz que tanto necesita en su vida. Pero ya está exhausto de acudir al mismo lugar día tras día sin tener éxito, así que deja caer el cigarrillo al suelo y camina derrotado hacia su coche.

— Disculpa, ¿tienes fuego? — Dijo una voz femenina.

Brad pensó estar alucinando, así que ignoró el llamado.

— ¡Hey! Te hablo a ti. — Repitió la voz.

Brad se da vuelta rápidamente para comprobar que se trataba de Alice, no puede dar crédito a lo que ven sus ojos. Es ella.

— ¿Qué ocurre? — Parece que has visto un fantasma. — Dijo Alice.

Brad se había quedado completamente sin palabras, no tenía la menor idea de si era una jugada de su imaginación y definitivamente estaba perdiendo la cordura. Lo único que podía hacer era mirar fijamente a la chica, esperando que esta no se desvaneciera de pronto y se transformara en una nube de humo.

— ¿Eres Alice Adams? — Preguntó Brad.

— Sí, ¿nos conocemos? Tu rostro me es familiar. — Respondió la chica.

— Cruzamos algunas palabras hace algunas noches. Te acercaste a mi mesa en busca de fuego para tu cigarrillo.

— Ahora te recuerdo, estabas acompañado esa noche por una chica.

— Sí, pero solo es una buena amiga. Nada importante. — Dijo el nervioso Brad.

— Todos dicen eso. Seguramente es tu esposa.

— Soy soltero, aún no he encontrado a la mujer indicada. — Contestó Brad con una mirada bastante seductora hacia la chica.

Luego de intercambiar algunas palabras, Brad invitó a la chica a entrar de nuevo al restaurante. El rostro de Beth, al verlos entrar juntos, se llenó de alegría, ya que sabía todo lo que había esperado Brad para poder dar con la chica.

— ¿Puedo ofrecerles algo especial? — Preguntó Beth.

— Muero de hambre, quiero una hamburguesa doble, con mucho queso. — Respondió Alice.

— Yo solo una cerveza, por favor. — Agregó Brad.

La chica había resultado ser mucho más atractiva de lo que él recordaba, podía ver cada línea de su rostro con mucho detalle sin la posibilidad de encontrar imperfecciones. Brad tenía una debilidad por las pecas en el rostro de las chicas, y casualmente, Alice contaba con esta característica.

Sentía que era la indicada desde el momento en que la vio por primera vez, pero la actitud de la chica hablaba por sí sola, no era del tipo de mujer que se dejaba envolver fácilmente por los encantos de un extraño.

Sería una tarea difícil, conquistar a Alice, era lo único que pasaba por la mente de Brad, mientras la chica habla continuamente sin detenerse. Su personalidad extrovertida y dinámica le hacían saltar de una conversación a otra sin ningún problema.

La rapidez mental y su vitalidad eran el principal atractivo que había llamado la atención de Brad, quien desde ese momento decidió que debía seguir adelante con aquella convicción de conquistar a Alice. De su mente había desaparecido el peso que llevaba a cuestas, debido al libro rojo.

Olvidó por completo la posibilidad de ser fuertemente juzgado por sus compañeros de hermandad, quienes se mantenían solteros y no tenían posibilidad de acceder a una relación estable sin un castigo severo. Cada palabra que salía de la boca de Alice era como una especie de sedante que aliviaba cualquier preocupación que afectara la vida de Brad.

— Háblame de tu vida. Quiero saber todo sobre ti. — Dijo Brad.

— Pues eventualmente trabajo como modelo. Pero no es mi pasión, lo hago porque pagan muy bien. — Respondió la chica mientras llevaba la hamburguesa hacia su boca.

— No te alimentas como una modelo. — Dijo Brad con una sonrisa.

— Pertenezco a ese grupo privilegiado de personas que pueden comer cualquier cosa sin engordar. — Respondió Alice.

— ¿Tienes algo que hacer después de comer? — Preguntó Brad.

— Debo ir a casa. Estoy agotada, solo necesito una cama donde dormir hasta mañana.

— Es una lástima, quería invitarte un trago.

— El viernes es un buen día. No acostumbro a salir con extraños, pero de confesar que hay algo en ti que me resulta diferente.

Después de compartir ese breve tiempo juntos, Brad se ofreció a llevar a Alice hasta su casa, pero la chica aun no sentía la suficiente confianza, así que rechazó la oferta. Era la primera vez que una mujer rechazaba dos propuestas de Brad en una misma noche. Pero esto no le molestó en lo absoluto.

El rechazo de Alice, generó una sensación de seguridad en Brad, ya que sabía que no era del tipo de chica con la que estaba acostumbrado a salir, había elegido a la correcta y todo estaba saliendo a la perfección. Podía ir a la cama con la mente tranquila.

La semana transcurrió lentamente para Brad, quien contaba las horas para que finalmente llegara el viernes y poder reunirse con Alice. Había conseguido enfocarse de nuevo en su empleo y las cosas estaban volviendo a la normalidad.

Su personalidad había sufrido una pequeña transformación, su humor había mejorado y tenía más contacto con las personas. Era evidente que había algo

que estaba cambiando dentro de él, y la razón tenía nombre y apellido, a pesar de que sería imposible para él aceptar esta posibilidad.

Alice había asistido a una sesión de modelaje que estaba a punto de cambiar su destino, ya que el cliente había resultado ser el dueño de una prestigiosa marca de ropa que tenía su sede principal en Roma, Italia.

Si la chica lograba convertirse en una imagen positiva para la marca, tenía la posibilidad de viajar a Italia y establecerse allí. Pero a pesar de ser una oferta muy atractiva y el sueño de cualquier modelo, Alice se apasionaba por el mundo de la cocina y el arte culinario. Había soñado toda su vida con ser una prestigiosa chef que prepararía los más deliciosos platos para las celebridades.

La posibilidad de irse a Italia solo dependía de la calidad de la campaña publicitaria de la que ella sería la imagen. Su rostro estaría en cientos de vallas en todo el país y se convertiría de la noche a la mañana en una figura pública.

Nunca lo había soñado, pero lo estaba viviendo, y de alguna forma, todo se estaba tornando aún más complicado para Brad, al involucrarse con una figura pública. El riesgo de ser descubierto por los chicos de la hermandad, aumentaba significativamente. Pero Brad estaba convencido de que todo iba a salir de la mejor forma para él.

ACTO 6

Sin voluntad

Luego de una noche en la que el alcohol fue el principal protagonista, Alice se despierta en los brazos de Brad. No tiene la menor idea de lo que ha ocurrido la noche anterior, pero está segura de que no ha tenido sexo con él.

Se siente segura de estar allí, con aquel hombre de brazos fuertes, con bíceps en los que podría balancearse sin generar un esfuerzo muy significativo para Brad. Los brazos del caballero rodean a la chica, está hecha prisionera de su acompañante y este no tiene intenciones de liberarla.

La chica no sabe qué hacer, pero siente una tranquilidad al despertar al lado de un hombre como Brad. La noche de aquel viernes había iniciado su cita con una cena en un glamoroso restaurante del centro de la ciudad.

Posteriormente habían decidido ir a bailar, para terminar la noche en la piscina de la casa de Brad, quien contaba con instalaciones que parecían sacadas de una revista de decoración. La principal herramienta de este caballero siempre habían sido los lujos para seducir a una chica, pero Alice había visto más allá de lo que los ojos pueden percibir.

Dentro de Brad había un hombre lleno de pasión y ternura que buscaba desesperadamente la compañía de alguien sincero. Alice intentó por todos los medios contenerse ante la necesidad de besar a Brad durante su primera cita, pero el agua, las luces y el licor, surtieron un efecto característico que despertó en ella, la necesidad de liberarse ante su acompañante.

Los labios de Brad y Alice se rozaban con pasión, cada uno disfrutaba cada beso como si fuese un manjar único en su tipo. Las caricias y los abrazos continuos los llevaron a salir de la piscina.

A pesar de la poca voluntad que tenía Alice para oponer resistencia a los impulsos de Brad, se mantuvo firme, y sabía que no debía acostarse con Brad. Quería llevar la relación a otro nivel y ceder ante el primer intento, simplemente la convertiría en una presa más de la colección de un hombre millonario como Brad Beller.

En todo momento, Brad se encontraba extasiado por la belleza de la chica, no

podía cometer un error si quería seguir adelante con aquella relación que estaba naciendo de una forma transparente e inocente. Brad respetó la decisión de la chica y no intentó propasarse.

Haberse ido a la cama juntos había sido una locura para Alice, quien era la primera vez que atravesaba por aquella vergonzosa situación, de la que no tenía oportunidad de escapar. Pero al ver que las intenciones de Brad no eran abusar de su confianza, la chica decidió darle una retribución que Brad jamás olvidaría.

Mientras Brad aún dormía, la chica comienza a quitarse lentamente la poca ropa que aun lleva puesta, quedando totalmente desnuda. En un reflejo, Brad libera a Alice, pero está profundamente dormido.

La chica se encuentra tan excitada que no puede pensar con claridad. Levanta las sábanas para darle un vistazo al cuerpo de Brad, quien únicamente lleva puesta su ropa interior. Alice comienza a tocarse a sí misma, acaricia su zona genital con suavidad para estimularse y elevar el punto de excitación.

Sus dedos tocan su clítoris y comienza a realizar movimientos circulares podrían hipnotizar a cualquiera. Sus delicadas y pequeñas manos parecen piezas de cristal, blancas y suaves, proporcionándole placer a la zona más sensible de la chica.

La chica permanece con los ojos cerrados y comienza a imaginar cómo sería ser penetrada por Brad, quien no tiene la menor idea de lo que está pasando a su lado.

Alice no tiene demasiada experiencia en el sexo, pero sabe exactamente lo que le gusta y lo que no, y Brad cumple perfectamente con las características que le agrandan en un amante. Un cuerpo definido de alguien que entrena con regularidad, rostro masculino, manos fuertes y grandes, labios finos y un mentón fuerte.

El abdomen de Brad parece haber sido esculpido por un artista, mientras que su ropa interior deja ver un miembro de unas dimensiones bastante significativas. Alice se aprovecha de que Brad está profundamente dormido y detalla cada milímetro de su acompañante.

No pierde ni un segundo de tiempo antes de que este recupere el conocimiento, la cantidad de alcohol que han ingerido la noche anterior ha dejado a Brad prácticamente en coma. Pero Alice se encuentra lista para iniciar un juego de

seducción en el que podrá tener el control sobre el indefenso Brad.

La paciencia suele dar buenos resultados en muchas ocasiones. La que ha tenido Brad con Alice, le ha dado la posibilidad de tenerla en su cama, aunque no ha llegado tan lejos como hubiese querido.

Las grandes cantidades de alcohol que había ingerido se debían al hecho de que buscaba desesperadamente la forma de controlar el deseo que sentía por Alice, si permitía que sus impulsos lo dominaran, acabaría completamente con todo lo que había logrado hasta aquel momento.

Alice continúa acariciando su vagina, y esta se encuentra completamente húmeda, lame sus dedos para saborear los fluidos que emanan de forma descontrolada de ella. Su lubricación ha sido más rápida de lo normal, su vida sexual no es demasiado activa, así que no tiene muchos recursos que utilizar para sorprender a Brad, quien cuenta con una experiencia más amplia de lo que ella podría imaginar.

La chica se desinhibe y aún considera la posibilidad de despertar a Brad, pero sabe que, al verla en ese estado, no habrá marcha atrás. La chica no puede contenerse, y cuidadosamente desliza uno de sus dedos sobre la superficie de la piel de Brad.

Recorre desde su abdomen hasta su pecho en un vaivén que la excita enormemente. Quiere devorar con sus dientes, cada milímetro de la bronceada piel de su acompañante, pero aún hay algunas limitaciones que no le permiten comportarse como realmente desea. Introduce sus dedos hasta lo más profundo, ya no puede controlar más sus deseos de ser poseída por Brad.

Brad parece tener el sueño excesivamente pesado, pues la chica se mueve continuamente en la cama y este no reacciona. Finalmente, Alice decide internarse entre las sábanas y llegar hasta el miembro de Brad, lentamente baja su ropa interior y queda impresionada con el hermoso ejemplar de su amigo.

La chica continúa bajando la prenda de ropa hasta los tobillos del chico, hasta que finalmente se deshace de esta. Brad está completamente desnudo, es hora de que Alice demuestre sus habilidades sexuales y haga que su primer encuentro sea memorable para Brad Beller.

El miembro se encuentra totalmente flácido, así que Alice comienza por lamer sus testículos, mientras con sus dedos acaricia la superficie del pene. Este comienza a endurecerse, pero Brad no reacciona aun, debe estar sumido en un

sueño muy profundo.

Alice sigue estimulando a su amante con mucha delicadeza y se pasea por toda la superficie de genital de Brad con su lengua. Un sabor espectacular y una textura que no conocía, llena de excitación a Alice, quien continúa masturbándose a sí misma mientras introduce el miembro en su boca hasta la máxima capacidad. Quiere devorarlo hasta la base.

Los movimientos de la chica son lentos y cuidadosos, con una precisión incomparable que le permite complacer a su acompañante, quien poco a poco comienza a reincorporarse a la realidad. Para Brad, resulta surrealista lo que están viendo sus ojos y las sensaciones que está experimentando.

Ver a Alice practicarle sexo oral es algo que no se esperaba al despertar, por lo que se relaja y continúa disfrutando del placer que le está proporcionando la hermosa chica de 23 años. Su cuerpo desnudo es el paisaje más espectacular que ha presenciado cualquier hombre, y mientras introduce una y otra vez el miembro en su boca, es lo mejor que ha vivido.

Brad había tenido la oportunidad de estar con mujeres hermosas, pero nunca una como Alice, que le proporcionara una sensación de confort y no solo el placer sexual. Es evidente que la chica está haciendo un esfuerzo por complacerlo, por lo que no interviene en lo absoluto y deja que la chica fluya como el agua.

Alice no puede detenerse, se ha vuelto adicta al sabor de Brad, no entendía cómo había podido vivir todo ese tiempo sin haber disfrutado de una satisfacción como la que estaba experimentando en ese instante. No tenía la menor idea de que haría después, pero seguía esforzándose.

Al ver los ojos abiertos de Brad y encontrarse con su mirada, las mejillas de la chica se enrojecieron, sentía un poco de vergüenza al actuar así, pero sus impulsos habían sido mucho más fuertes que ella. La chica se detuvo por instante y se dirigió a Brad.

— Espero que te guste el desayuno. — Dijo Brad.

— Lo estoy disfrutando como no tienes idea. — Respondió Alice.

— ¿Qué tal si me dejas probarte a ti? Ven aquí. — Dijo el caballero.

La chica se dio media vuelta y posó su vagina sobre el rostro de Brad, mientras esta continuaba succionando con mayor intensidad, el miembro de

compañero. Ambos están disfrutando de las lamidas de su amante y los fluidos se apoderan de la zona genital. La excitación y los gemidos aumentan mientras Brad comienza a dar de nalgadas a la chica.

Está perdiendo el control y comienza a tratar a Alice como cualquiera de las mujeres que pasan por su cama. Pero a su compañera no le desagrada, siente curiosidad por aprender nuevas cosas y experimentar nuevas sensaciones. Es posible que Brad sea el indicado para proporcionarle tal oportunidad.

Mientras la chica se mueve salvajemente sobre el rostro de Brad, es inevitable que se acerque vertiginosamente hacia el orgasmo, pero no cree que haya disfrutado lo suficiente.

Brad disfruta del sabor de la chica, es una mezcla perfecta entre lo dulce y lo salado que crea un estímulo en su paladar que inmediatamente se vuelve adictivo. Pero el acto es interrumpido abruptamente por Alice, quien quiere ser penetrada por él. Se da nuevamente la vuelta y se dirige cuidadosamente hacia la zona genital de Brad, la cual se encuentra a punto de arder en llamas.

La chica toma con sus delicadas manos, el miembro de Brad, comienza a introducirlo lentamente mientras su rostro demuestra una leve expresión de dolor. Nunca había tenido la oportunidad de estar con un hombre que tuviese semejantes dimensiones, por lo que cada movimiento lo hace con cuidado.

— Puedo sentir algo increíble mientras entras en mí. — Dice la chica

— El calor dentro de ti es impresionante. — Responde Brad.

Como un volcán en erupción, ambos son imparables, quieren sentir la mayor cantidad de satisfacción, y están seguros de que pueden proporcionárselo.

— Ya está todo adentro. Hazme tuya con locura. — Dice Alice.

La respuesta de Brad se redujo a acciones, ya que toma de la cintura a la chica y comienza a realizar movimientos con su cintura. Estas penetraciones estimulaban a Alice como nunca antes, sentía que conseguiría un orgasmo detrás de otro, así que no se limitó y sintió la libertad de dejarse llevar por las sensaciones que le estaba proporcionando Brad.

Solo unos minutos después, la chica no pudo resistir más y mientras su cuerpo se estremecía, alcanza el primer orgasmo. Brad se siente satisfecho de haber complacido a la chica, la cual no está dispuesta a detenerse.

Alice continúa sacudiendo sus caderas sobre Brad, quien sabe que la chica

está en busca de una segunda llegada a la cima, por lo que aumenta la intensidad de sus penetraciones y se aferra fuertemente a su cuerpo. Ambos están tan excitados que no pueden dejar de gemir, es un reflejo involuntario.

— Hazme llegar de nuevo. Hazlo. — Exclama, Alice.

— Yo estoy a punto de estallar. Llega conmigo. — Respondió Brad.

La pareja se funde un momento lleno de éxtasis en el cual ambos son debutantes. Nunca antes Alice había experimentado un orgasmo tan intenso, y Brad, aunque ni el mismo podía creerlo, también había vivido algo parecido en el pasado.

ACTO 7

Sospechas

Tres meses han pasado desde que la última reunión se ha llevado a cabo y los integrantes de la hermandad convocan una nueva reunión. Quieren acceso a la nueva información que sus compañeros tienen para ofrecer, pero esto no resulta nada conveniente para Brad, quien ha venido desarrollando una relación que incluye una intensa carga sentimental.

Todo apunta a que Alice es la chica que Brad ha deseado toda la vida, le brinda estabilidad y paz a su vida, así que no estará dispuesto a renunciar a ella de una forma tan sencilla.

A pesar de los continuos intentos por evadir la reunión, Brad debe ingeniárselas para no levantar sospechas. No ha podido considerar la posibilidad de serle infiel a Alice por lo que no tiene ninguna nueva chica que aportar para la nueva sesión de la hermandad del libro rojo.

Brad ha olvidado todo lo que tenga que ver con este libro desde el momento que decidió seguir adelante con Alice, pero deberá prepararse para afrontar las consecuencias de su falta de compromiso con el resto de los integrantes de la organización que él mismo gestó hace algunos años atrás.

Las reuniones eran convocadas con uno o dos días de antelación, por lo que no tenía demasiado tiempo para preparar su coartada y salir airoso de aquella situación. Era su estabilidad emocional al lado de Alice o tener que vivir el resto de su vida con el arrepentimiento de haber perdido a una mujer increíble.

Para ese entonces, la compañía publicitaria en la que había estado trabajando Alice como imagen, estaba ganando territorio, su rostro aparecía frecuentemente en comerciales de televisión y en enormes vallas publicitarias que se ubicaban por toda la ciudad. No había nadie que no reconociera el hermoso rostro de la chica de ojos azules.

Brad estaba muy orgullo de Alice, la apoyaba en todo lo que hacía y en ocasiones la acompañaba a las sesiones de fotos para las que era contratada. Pero tarde o temprano saldría a la luz alguna fotografía que vinculara a Brad y a Alice, a pesar de que este se había encargado de mantener el anonimato en

público.

Esto le había resultado bastante sospechoso a la chica, que desconocía el verdadero motivo del misterio que guardaba Brad Beller. Siempre pensó que tenía una vida paralela, pero invertía cada segundo de su tiempo en ella, así que no había probabilidades de que él la estuviese engañando.

— Te he notado un poco nervioso el último par de días. — Dijo Alice durante el desayuno.

— He estado un poco agitado en el trabajo. — Respondió Brad.

— ¿Tienes algún inconveniente con tus clientes? ¿Algo en lo que pueda ayudarte?

— No te preocupes por eso, Alice. Tu tranquilidad es lo único que me hace feliz. Consérvala.

Ambos caminaron el desayuno sin cruzar una palabra. Brad se encontraba verdaderamente tenso, debido a la cercanía de la reunión que estaba por llevarse a cabo esa misma noche.

Durante cada oportunidad, las sesiones se habían realizado en casa de Brad, pero este había decidido cambiar de locación, ya que Alice tenía acceso a su casa. Podía llegar en cualquier momento, y arruinar su intento de evadir las balas de un arma que apuntaba justo a su rostro en ese preciso instante. Cada segundo resultaba tan pesado para Brad, que no podía pensar en otra cosa.

Como era costumbre, cada uno de los miembros de la hermandad llegaba puntual al sitio acordado. Brad había alquilado el salón de conferencias de un prestigioso hotel que les brindaba la confidencialidad que buscaban.

Nadie tenía acceso al lugar, ni contaba con cámaras de seguridad. Cualquier palabra que se dijera en aquella sesión, permanecería bajo el estricto secreto de la hermandad del libro rojo. Todos actuaban con naturalidad, no había nada de anormal en el desarrollo de la sesión de aquella noche.

— Me ha parecido extraño que hayan decidido convocar una reunión de emergencia. Pues aquí estamos. ¿Algo que quieran acotar antes de iniciar? — Dijo Brad.

Todos guardaron un silencio sepulcral y veían fijamente a los ojos de Brad, parecía que las cosas habían cambiado de curso entre un segundo y otro. El recibimiento fraternal que tenían al verse, se desarrolló normalmente entre los

miembros, pero había cierta frialdad hacia Brad. Pudo notarlo con facilidad.

— Si no tienen nada que agregar, daremos inicio a la sesión. Sean bienvenidos una vez más. — Comentó Brad.

Cada uno pasó al frente a narrar su experiencia durante el último mes, como era costumbre. Josh, Paul, Pete y Jeremy, fueron contando cada una de sus experiencias e iban presentando a las nuevas chicas que pasarían a formar parte del libro rojo. Las gotas de sudor corrían por la frente de Brad, quien no tenía ningún aporte.

Por primera vez en todos los años que había invertido, no había fallado una sola vez. Esto iba a parecer demasiado sospechoso para el resto, quienes no podrían tolerar una falta de su líder.

La interacción entre todos los miembros era fantástica, todos comentaban su agrado al recibir la información de contacto de nuevas chicas de todo el país que resultaría ser las próximas presas de la hermandad de millonarios.

Pero no tardaba en llegar el turno de Brad, quien usualmente solía cerrar la sesión con la inclusión de las chicas que él había decidido ingresar. La sustitución de antiguas chicas debía ser propuesta por Brad, pero aquel día las cosas iban a salir diferentes a como generalmente se desarrollaban.

Brad sería visto como un traidor si pasaba por encima de los principios que él mismo había impuesto para la hermandad. No había manera que alguno pudiese justificar semejante actitud egoísta e indiferente ante lo que pudiesen pensar sus compañeros.

La hermandad era el único estilo de vida que los chicos conocían desde la universidad, tener que renunciar al fácil acceso a mujeres impresionantes, no sería una opción muy bien aceptada por parte del grupo. Una vez concluida la intervención de Pete, había llegado el turno de Brad, quien era recibido con aplausos débiles que transmitían cierta tensión en la sala.

— Queremos escuchar lo que tienes que contar en esta reunión, Brad. — Comentó Jeremy.

— Lamento decepcionarlos esta vez, chicos. Pero no he tenido tiempo de salir con chicas durante este tiempo. No he estado muy bien de salud.

— ¿El gran Brad Beller? ¿Acaso es eso posible? — Murmuró Josh.

— Sé que podrían pensar que es extraño, pero mi mente ha estado muy

dispersa. Así que realizaré el procedimiento de amenaza en mi contra y seguiremos con la sesión. — Respondió Brad.

— No es así de fácil, Brad. Creo que tienes algo más que explicar y lo estás ocultando. — Dijo Pete.

Brad sabía perfectamente a lo que se referían sus compañeros, pero no entendía cómo habían conseguido la información. Había tratado de mantenerse bajo perfil durante los últimos meses, pero a pesar de sus esfuerzos, una fotografía había sido capturada y publicada en una de las revistas más cotizadas sobre la farándula en los estados unidos.

En el retrato podía verse a Brad sonriente mientras salía tomado de la mano de una hermosa chica, la cual no formaba parte de los registros y no había sido mencionada en la sesión.

Josh mostró un ejemplar de la revista ante el resto de los presentes, quienes estaban al tanto de la publicación. El único que no manejaba tal información, aunque parecía ilógico, era el mismo Brad. Su rostro, al ver el retrato de la chica junto a él, fue de absoluta desesperación.

Todos se dieron cuenta en ese preciso momento de que su líder estaba rompiendo con absolutamente todas las reglas de la hermandad, y aunque no querían someterlo a las humillaciones que él mismo había propuesto, estaban en la obligación de mantenerse firmes ante tal situación.

— Un tienes la oportunidad de incluir a Alice Adams en el libro rojo, Brad.
— Dijo Paul Broderick.

— Ni siquiera te atrevas a mencionar su nombre. Ella no es del tipo de chicas que frecuentamos. No puedo permitir que sea incluida en esto. — Dijo Brad.

— Si te has acostado con ella más de una vez, significa que tiene algo bueno que ofrecer.

Brad vio una pequeña luz en ese momento e intentó argumentar que aún no había tenido la posibilidad de acostarse con Alice. Si esto era cierto, podía tener la posibilidad de mantenerse a salvo, únicamente como amenazado.

Paul se puso de pie y se dirigió al resto de los integrantes, exhortándolos a realizar una modificación en las condiciones. Aquella sesión se había convertido en un juicio, en el que se buscaba que la cabeza de Brad rodara por los suelos.

Ninguno podía mostrar un grano de empatía por él, pues su personalidad arrogante siempre había dado como resultado, humillaciones y situaciones incómodas para sus compañeros.

Gracias a Alice, Brad se había convertido en un hombre débil y no era apto para dirigir la organización. Y como consecuencia debía pagar las consecuencias de sus actos, al traicionar a sus amigos y burlarse de las reglas que él mismo había respetado durante años.

— Pienso que todo esto es ofensivo para nosotros. Propongo que el control de la organización le sea relevado a Brad. — Comentó Paul.

— No pueden hacer eso. — Respondió Brad.

— Silencio. — Dijo Paul. — Dejemos que la hermandad hable. Quienes estén a favor de un juicio en contra de Brad, levanten su mano izquierda.

Absolutamente todos los miembros, menos Brad, levantaron su mano izquierda, lo que había sido devastador para Brad, estaba siendo víctima de sí mismo. No había argumento válido que pudiese sacarlo de ese problema.

Aquel hombre se hallaba derrotado por un sistema creado por él mismo y que con el tiempo se había vuelto incorruptible. Ninguno de los miembros había violado la norma, no podían tolerar que su líder se burlara de ellos. Brad intentó abandonar la sala, pero fue apuntado con un arma por Josh. Este sujeto era de sangre fría y no le temblaba la mano para quitarle vida a cualquier ser humano.

Brad estaba frente a una situación seria, y no había forma de que abandonara la sala sin una sentencia por parte de los chicos.

— Esto no es un juego y lo sabes, Brad. Toma asiento. — Dijo Josh.

— Josh, debes bajar esa arma, alguien podría salir lastimado. Las cosas no tienen por qué ser así. — Respondió Brad.

— El único que saldrá lastimado serás tú si intentas dar un paso fuera de esta sala. ¡Siéntate, maldita sea! — Respondió el furioso Josh.

Brad sabía que no estaba jugando, así que obedeció ante el mandato de su compañero de hermandad. Las miradas de todos parecían carecer de alma. Lo que había creado Brad estaba a punto de destruirlo, y solo podía esperar la conclusión del juicio antes de decir una sola palabra. Las pruebas eran irrefutables, Brad había tenido una relación con una chica durante los últimos

meses y la había intentado mantener oculta para que no fuera incluida en el libro rojo. Todos habían sido testigos de la publicación de la fotografía que recorrió todo el país. No había nada que pudiera negar.

El argumento débil de Brad, intentando asegurar que no había mantenido relaciones con la chica, había sido ignorado, y sus nervios delataban al sujeto, asegurando completamente lo contrario. A pesar de que todos eran sus antiguos amigos de universidad, sus corazones se habían vuelto fríos y objetivos, con una única misión en sus mentes: hacer justicia.

Aún permanecía vivo el dolor que había dejado la muerte de Ernest y la indiferencia que había mostrado Brad. No tenían ninguna razón para ser benevolentes con él, así que una vez que Brad tomó asiento, Paul Broderick sería quien tendría el control.

— Quisiera saber si este humilde servidor cuenta con la suficiente confianza de parte de ustedes para liderar el resto de la sesión. — Dijo Paul.

Todos asintieron con la cabeza y le dieron continuidad al proceso de juicio, en el que cada uno expondría su criterio acerca de cómo debía manejarse aquella situación irregular dentro de la hermandad del libro rojo.

ACTO 8

El juicio

Verse sentado allí indefenso, a merced de la voluntad de sus compañeros de hermandad era precisamente lo que había temido durante tanto tiempo. Alice le había dado la posibilidad de borrar un poco el miedo que sentía, pero finalmente, el día que tanto temía, había llegado.

Brad se encuentra frente a unos hombres que creen fielmente en la efectividad del libro rojo. Han convertido a esta organización, la cual nació como un experimento de un grupo de universitarios, en una secta llena de desalmados que solo buscan satisfacer sus deseos sexuales sin pensar en nadie más.

— Estamos frente a un caso de profunda traición. Brad Beller ha incurrido en una falta grave en nuestra contra. Ocultándonos información acerca de una chica que es de su interés y planea conservarla para él solo. — Dijo Paul.

Mientras escuchaba las palabras del orador, Brad no podía creer que, quien había gestado aquella organización había sido él mismo. Los principios que edificaban aquella hermandad estaban llenos de maldad y egoísmo.

No había forma de justificar un comportamiento como este en ningún ser humano. Pero claro, este análisis podía llegar a su mente, gracias al hecho de que se había enamorado de Alice. La chica había generado un drástico cambio en lo más profundo de su ser.

— No tengo palabras para describir la gran decepción que siento al verme parado aquí frente a ustedes, y ver como nuestro mentor se burla de nosotros. ¿Acaso no les indigna? — Dice Paul.

Brad comprende claramente la dirección que está tomando la situación. Paul busca poner en su contra a los chicos, quienes ya están molestos. Pero a pesar de creer que Paul es su único enemigo en ese momento, todos apoyan la moción.

Cada una de las palabras que pronuncia el nuevo líder, hunde cada vez más al desesperado Brad, quien no tiene forma de evadir la avalancha de inconvenientes que se dirige hacia él. Nunca se había sentido tan vulnerable, estaba temeroso y a la expectativa de una decisión radical que pudiera

comprometer su integridad física.

— Como líder temporal de esta hermandad, conozco en detalle cada una de las medidas que debemos tomar para castigarte, Brad Beller. Pero me tomaré la atribución de proponer una nueva sanción a ser incluida en el libro rojo para la grave falta en la que has incurrido. — Agrega Paul.

Brad interrumpió abruptamente, mientras se coloca de pie.

— Eso no es posible, ¿inventarás un nuevo castigo para mí?

— Siéntate. — Ordena Paul.

Una nueva medida se estaba gestando en la mente de Paul y Brad sabía que este no era precisamente el más estable emocionalmente. Si todos accedían a la medida de este nuevo líder, Brad estaría completamente perdido.

— Uno de los cambios más radicales que experimentaremos, queridos hermanos, es mi adquisición absoluta del libro rojo. — Dijo Paul

— Quédate con él, no lo necesito. — Respondió Brad.

— No pienses que solo puedes deshacerte de libro, así como así. Consideras que ya no lo necesitas porque has conseguido a la chica ideal. Pues eso, mi estimado amigo, no será posible.

— Habla, cobarde. Deja a un lado los rodeos y dinos lo que quieres hacer. — Exclamó Brad.

— Ya que estás tan ansioso por saber cuál será tu destino, pues te complaceré.

Brad se encontraba completamente aterrado, pues sabía que las palabras que estaba a punto de pronunciar Paul, cambiarían completamente el curso que había conseguido para su vida durante los últimos meses.

De alguna u otra forma estaba pagando las consecuencias de haber sometido al resto de sus compañeros a un régimen que no tenía ningunas bases más que la lealtad hacia la hermandad. Él mismo había traicionado lo que había construido. No había cabida para el respeto entre los miembros de la organización y él.

— Hablando en representación de mis compañeros, y esperando que estén de acuerdo con la medida que estoy a punto de plantear. Te exigimos, Brad Beller, que suministres la información detallada de esta chica, cuyo nombre conocemos. De lo contrario, deberá ser sacrificada. Si no podemos tenerla, tu

tampoco la tendrás. — Finalizó Paul

No existía ningún argumento válido que pudiera refutar una demanda tan retorcida. Paul había perdido la cordura y estaba amenazando a Brad con asesinar al amor de su vida. Esto parecía sacado de la peor historia de terror.

Pero no podía negarse, debía acceder a las demandas de Paul, ya ni siquiera era su vida la que estaba en riesgo, ya que él tendría que vivir con el remordimiento de que la muerte de Alice había sido su responsabilidad.

El tiempo pareció detenerse en la sala, los ojos de Brad se llenaron de lágrimas al haber sentenciado a muerte a la chica. Si quería verla con vida, debía entregarla a la hermandad del libro rojo, y esta chica no estaba hecha para ser parte de un mundo tan retorcido como el que se movía entorno a este. El silencio se adueñó de la sala, y todos veían fijamente a Brad, mientras esperaban una reacción o una decisión final acerca de lo que haría al respecto.

Está devastado por dentro, no tiene forma de que las cosas puedan volver a ser como antes, ha perdido el control absoluto de su vida y de la vida de Alice. Esta chica apenas está conociendo el mundo, comienza a experimentar el éxito que ha perseguido toda su vida y él la ha arrastrado a un callejón sin salida del que posiblemente no podrá salir sin daños.

Todos los presentes estuvieron de acuerdo con la propuesta de Paul Broderick, quien había tomado atribuciones que no le correspondían, pero siempre había sentido cierta envidia hacia Brad.

El médico cirujano dio por culminada la sesión al recibir la aprobación por parte de Brad. Este había accedido a entregar la información de Alice en los próximos días, pero con la condición de que, en menos de una semana, se realizaría una nueva sesión para optar por la recuperación del liderazgo. No tendrían posibilidad de salir de la ciudad, a lo que accedieron sin problema.

— Tienes 4 días, Brad. Ni un segundo más. — Dijo Paul. — Caballeros, nos veremos en este mismo lugar en 4 noches.

El tiempo estaba jugando en contra de Brad, quien debía conseguir una solución rápida a aquella nefasta situación. El miedo de perder a Alice lo estaba consumiendo, era una chica muy especial para él y era lo más importante que había en su vida en ese momento.

Brad condujo aquella noche hasta su casa, siendo recibido sorprendentemente por Alice, quien lo esperaba en el jacuzzi. La chica tenía una sorpresa

preparada que incluía velas, vino y un baño relajante.

El poder que tenía la chica para desconectar a Brad de la realidad era impresionante. A pesar de haber llegado devastado por la cruda realidad que afrontaba. Ver a Alice completamente desnuda frente a él, fue completamente estimulante para sus sentidos.

Quería devorarla y disfrutar de sus besos y sus caricias. Si las cosas iban mal, no tendría la posibilidad de volver a estar con ella. El caballero sigue las instrucciones detalladas de la chica, que lo llevan a una desnudez total. Las luces tenues del lugar hacen que el ambiente sea muy relajado.

Alice ha preparado un poco de buena música para incrementar la pasión del momento, así que se puede escuchar el tenue sonido de un saxofón que se pasea por las melodías más seductoras. La chica se encuentra sumergida hasta el cuello en el jacuzzi, pero se encuentra completamente desnuda.

Brad sabe que está a punto de tener una sesión de sexo increíble con una chica que no está dispuesto a perder. Su mente dispersa ahora solo puede enfocarse en complacer a la única mujer que ha representado algo realmente importante en su vida. Camina lentamente y se une a Alice dentro del agua.

La temperatura es cálida, y es recibido por los abrazos y besos de la chica, son el mejor método de relajación que puede experimentar Brad. Las caricias en la espalda de su amante evidencian una tensión muy marcada que comienza a disminuir con cada roce.

Brad no quiere pensar en lo que acaba de vivir hace unas horas atrás, quiere que su cuerpo y su mente, entren en sintonía con su compañera, quien ignora la cantidad de situaciones que pasan por la mente de Brad,

Luego de luchar con sus pensamientos por algunos minutos, Brad se entrega a la pasión con Alice. La chica besa intensamente su cuello y lo muerde suavemente. Ella sabe a la perfección que este es uno de los lugares más sensibles de Brad.

No puede evitar lamer cada milímetro de esta zona de su compañero y sus manos se aferran fuertemente a la espalda del caballero. Sus cuerpos comienzan a acercarse cada vez, parece que terminarán fundidos en una sola masa de lujuria y erotismo.

Al ponerse de pie, Alice deja que Brad admire su cuerpo, ella sabe cuánto disfruta su amante de observar. Bajo el agua, el caballero comienza a

masturbarse mientras es estimulado por el sexy aspecto de su chica.

No puede evitar experimentar una alegría infinita al saber que finalmente ha encontrado a la mujer correcta, y que no es producto de una ilusión. Al ver como los ojos de Brad se iluminan al verla, Alice se siente muy estimulada. Sabe perfectamente que es objeto de deseo de Brad, y que cada movimiento complace sus sentidos.

A pesar de estar aún nervioso, Brad no tiene problema para ser parte de esta situación, en la que siempre es el protagonista. Le gusta ser dominante y demostrar sus habilidades como amante, pero también desea que su pareja explore sus gustos y conozca cada partícula de su cuerpo.

Alice se acerca lo suficiente a Brad como para que este comience a penetrarla con suavidad. El agua y el jabón son siempre un buen complemento, pero disfruta de cada acción que ejecuta Alice.

Sentirse dentro de ella hace que Brad experimente un éxtasis incomparable que se repite en cada encuentro sexual que han tenido. Ambos se mueven lentamente y disfrutan de las leves porciones de placer que se están proporcionando uno al otro.

Son una pareja paciente, quieren hacer transiciones de etapas durante el encuentro, nada brusco ni violento. La delicadeza y clase de Alice son dos de los elementos que enloquecen a Brad. No hay posición en la que se encuentre que no le resulte increíblemente excitante. Es una modelo natural.

Los senos húmedos de Alice se deslizan por el pecho de Brad, mientras esta los acaricia con delicadeza, es una sensación indescriptible la suavidad y textura que poseen los pechos de la chica.

La pasión aumenta y se refleja en el aumento del ritmo de los movimientos en la pareja, están buscando aumentar el nivel, así que las manos de Brad se posan sobre los glúteos de la chica. Este es un movimiento que excita mucho a Alice, le encanta que Brad la tome fuertemente de sus voluptuosos glúteos y los apriete con fuerza.

Mientras Brad la complace, la chica continúa besando su cuello y se pasea con su lengua hasta sus orejas. Esta zona sensible de Brad, dispara en él sus deseos más profundos.

Si Alice toca las teclas indicadas, puede despertar en Brad un animal salvaje descontrolado que la dejará tendida en la cama con dos o tres orgasmo como

resultado. La chica busca la ignición de la llama que liberará al animal dentro de su amante.

Solo unos minutos después, ambos se hallan en el suelo de la habitación, totalmente mojados y desafiándose uno al otro para determinar quién genera más placer en el otro.

La chica pierde el control, como siempre, y no puede evitar conseguir el primer orgasmo. Brad finge darle una tregua, pero violentamente comienza a practicarle sexo oral, la chica no puede creer la intensidad de los espasmos involuntarios que experimenta en sus caderas y piernas. Un segundo orgasmo llega entre los gritos de Alice, quien implora piedad.

— Ya detente, no puedo más. — Dice Alice

Brad no puede mantener el control y comienza a penetrarla con más fuerza, esta vez desde atrás. Ambos están tendidos en el suelo, y la locura ha invadido al caballero, la chica lo desconoce, pero le agrada lo que obtiene. Fuertes penetraciones que generan sonidos percutidos que hacen eco en la habitación. Brad se aferra a los senos de la chica y los aprieta con fuerza.

— ¡Me lastimas! — Grita Alice.

Brad sabe que debe detenerse, pero es imposible para él. La chica siente dolor, pero está llegando de nuevo al clímax por tercera vez. Brad es un hombre apasionado, pero nunca se había mostrado así antes.

La chica se entrega ante semejante pasión y deja que su cuerpo responda ante la estimulación vaginal que le proporciona Brad. Un tercer orgasmo acaba con las fuerzas de Alice, quien no puede realizar un solo movimiento más. Se encuentra exhausta.

— Quiero llegar en tu boca. ¿puedo? — Preguntó Brad.

No es el estilo de chica que suele tratar como a una cualquiera, hay cierto respeto y no quiere ofenderla con algo insignificante para él, pero que puede ser difícil de procesar para ella.

— Hazlo. — Respondió Alice, ya sin fuerzas.

Brad se masturba con fuerza mientras Alice yace tendida en el suelo. Esta abre levemente su boca mientras espera la descarga de semen que está por salir eyectada del delicioso y erecto miembro de Brad, al cual tiene una adicción crónica. Finalmente, Brad expulsa una cantidad considerable sobre la boca de

Alice, quien saborea el dulce néctar que su amante ha depositado sobre ella.

Brad tiene mucho en que pensar, necesita tiempo para meditar lo que está a punto de iniciar. No está dispuesto a complacer los mandatos de Paul Broderick.

Llegará tan lejos como sea necesario para defender la integridad de Alice, la cual descansa entre sus brazos. Es un lugar donde la chica se siente completamente protegida, así que no puede defraudarla y entregarla como un trofeo ante un grupo de psicópatas que hasta hace poco lo veían como un líder.

Al llegar la mañana, Brad está decidido. Han despertado un monstruo que jamás pensaron que vivía dentro de Brad Beller.

ACTO 9

Marea roja

Una tierna despedida a las afueras de la casa de Alice Adams representaría la posible última vez que esta pareja estaría reunida. La tristeza era evidente en la mirada de Brad, quien había tomado la determinación de eliminar a cada uno de los integrantes de la hermandad. Era la vida de todos ellos a cambio de la tranquilidad de él y la de Alice. Mientras uno de ellos existiera, nada garantizaba que no podrían ir tras él en cualquier momento.

— Te ves afligido, Brad. — Dijo Alice mientras abrazaba a su pareja.

— Te amo, Alice. Te amo profundamente. — Respondió Brad.

— Es la primera vez que me lo dices. — Comentó la apenada chica.

— Solo quiero que lo tengas presente cada día de tu vida. Gracias por llegar a mi vida.

— Me estas asustando, noto mucha tristeza en ti, esta noche podría ir a tu casa y ver una película juntos.

— Estaré fuera de la ciudad un par de días. Al volver te llamaré. — Finalizó Brad, mientras besaba con ternura a Alice.

Subió a su coche y se marchó. Brad debía preparar el plan de ataque que tendría que ejecutar para acabar con cada uno de los miembros de la hermandad. Todos se encontraban en la ciudad, pero sin duda, quien sería el más sencillo de eliminar sería Paul, ya que contaba con una gran casa en California en la que podría perpetuar su primer golpe.

Durante todo el día intentó prepararse psicológicamente y entrenó durante un par de horas. Estaba consciente que las confrontaciones físicas eran una posibilidad.

La primera vida en cobrarse fue la de Paul, necesitaba recuperar el libro rojo antes de seguir adelante. Tenía que destruir toda prueba de la existencia de aquel libro, para siempre.

Una vez que se deshizo del cuerpo de Paul de la única manera que podía considerar posible. Brad fue nuevamente a su casa, donde pudo ver arder las

páginas del libro rojo, el cual se había convertido en una maldición para él durante los últimos meses.

Muchos años de esfuerzo habían tomado en llevar las cosas hasta ese punto, y no podía negar que era un sistema muy efectivo para conseguir chicas, pero sus compañeros habían perdido el control.

Brad no podía asegurar que, de no haber conocido a Alice, no habría actuado igual que ellos en contra de cualquiera, pero ahora pensaba diferente. La vida de Paul se había extinguido y no había oportunidad de detenerse a arrepentirse. Mientras las llamas consumían cada nombre y cada fotografía, Brad sentía una paz que invadía su cuerpo.

Finalmente, se había desecho de la responsabilidad de seguir adelante con aquella locura. Ya con Paul muerto, solo quedaban Josh, Jeremy y Pete.

De todos, el más tranquilo siempre había sido Pete, era un hombre reservado que posiblemente se habría hospedado en la casa de sus padres, ya que, a pesar de ser multimillonario, no pagaría ningún hotel. Pete sentía una fobia increíble por las bacterias, así que, cuando iba a California, el lugar seguro donde encontrarlo era en la casa de sus padres.

Utilizar un arma en la casa de los padres de este peculiar sujeto sería totalmente absurdo. Era una zona residencial en la que habitaban muchas personas. El sonido de las detonaciones alertaría rápidamente a la comunidad y Brad estaría en problemas. Tenía que hacerlo de una forma silenciosa.

Brad llega al lugar y estaciona su coche justo en frente de la casa. Sabe perfectamente donde se ubica la habitación donde suele dormir Brad, cientos de veces había ido a ese lugar. A pesar de su nula experiencia criminal, Brad se desplaza de forma silenciosa hasta las afueras de la habitación.

La ventana está abierta, es un vecindario tranquilo, así que no tiene problemas para ingresar mientras Pete aun duerme. Debe utilizar toda su fuerza para evitar que la víctima emita algún ruido, así que se abalanza sobre él colocando una bolsa plástica sobre su rostro, Pete no logra identificar a su atacante, y levemente su vida comienza a apagarse.

Brad no es un asesino a sangre fría, no puede evitar desplomarse al acabar con la vida de su amigo. Pero en aquel juicio le habían quitado toda posibilidad de negociar, él tampoco podía proveerles ninguna oportunidad. Era la vida de Alice la que estaba en riesgo. Las lágrimas emanan de los ojos de Brad, quien

aún tiene trabajo por hacer.

— Lo siento mucho amigo. — Dice Brad al fallecido Pete antes de abandonar el lugar.

Nadie nota la presencia de Brad Beller, así que logra abandonar el lugar de forma exitosa. Aún debe encontrar a Jeremy y a Josh, quienes tienen una vida muchos más dinámica que los dos adversarios anteriores.

Debe ubicarlos, y esta es la tarea más complicada. Brad debe hacer uso de sus recuerdos y experiencias de jóvenes para poder deducir acerca de algún lugar en el que podrían encontrarse al visitar California.

Jeremy había comprado un yate un par de meses atrás, así que existía una gran posibilidad de que se encontrara en el muelle. Brad tenía suerte si Jeremy no se había movido de allí.

Al llegar al lugar, ya se encontraba sumamente agotado. La lucha contra Pete había demandado mucha energía de su parte, y el episodio con Paul no había sido nada sencillo de manejar. Brad hace un gran esfuerzo para seguir adelante y no caer desplomado en el intento.

Al llegar al lugar, logra identificar un lujoso yate de 2 niveles. Era el más ostentoso de los que se encontraban en el lugar, y conociendo los gustos de Jeremy, sabía que este era el de él. Arriesgándose a equivocarse, se acerca y ve unas luces tenues encendidas dentro del lugar.

Es posible que aún esté despierto y probablemente no se encuentre solo. Jeremy es quien mayor uso le ha dado al libro rojo y cuenta con muchos de estos contactos en su móvil, por lo que no requiere de mucho esfuerzo para estar con una o varias mujeres en una noche.

Brad sube al yate y se mueve con cuidado. Lleva consigo el arma de Paul y no tiene miedo de usarla. Tomará la vida de Jeremy y quien sea que lo acompañe si es necesario, así que comienza a caminar por el pasillo entre las habitaciones.

Está muy cerca de la habitación principal, y justo en el momento en el que se decide a entrar a la misma, una chica desnuda abre repentinamente la puerta. Brad, toma a la chica y tapa su boca.

— Busco a Jeremy White, solo necesito saber si está dentro de esa habitación.
— Dijo Brad.

La chica asentó con la cabeza mientras temblaba de miedo al ver el arma de Brad.

— Dejaré que te vayas. Si no haces nada estúpido, estarás bien. ¿De acuerdo?

Lentamente la mano de Brad liberó a la chica quien salió corriendo del lugar completamente desnuda.

— ¿Por qué has tardado tanto? — Dijo Jeremy, quien se encontraba tan drogado que no podía identificar que no era la chica quien estaba parada frente a él.

— ¡Tú no eres Judith! ¿Quién demonios eres y qué haces aquí? — Gritó el aturdido Jeremy.

El arma en la mano de Brad apuntaba directamente al centro de la frente de Jeremy, pero no se atrevía a apretar el gatillo al ver como los recuerdos comenzaban a pasar por su mente. Brad dejó caer el arma al suelo y comenzó a llorar.

— ¿Porque tenían que obligarme a esto? — Dijo sollozante.

Mientras Brad se encontraba distraído, Jeremy tomó lentamente un arma ubicada en el costado de la cama. Disparó en contra de Brad un par de veces, pero falló antes de que el arma se cayera de sus manos por a falta de coordinación.

Una ráfaga de tres disparos recibió como respuesta. Dos impactos en el pecho y uno en el cuello dejan sin vida a Jeremy White, quien estuvo a punto de detener la locura de Brad, pero su estado no era precisamente el más estable.

Un hombre drogado y desnudo, muerto de tres disparos, no podía ser otra cosa que un crimen pasional. Alguien tendría mucho trabajo en el periódico al día siguiente. Justo en ese momento, el recuerdo de Jane Dawson pasó por la cabeza de Brad, quizás ella habría hallado una forma de resolver las cosas de un modo más civilizado que el que estaba aplicando Brad.

Solo faltaba un hombre, quizás el más peligroso de todos, Josh Collins. Si había un lugar en donde Brad podía ubicar rápidamente a Josh, era en un casino. Este sujeto era adicto a los juegos de azar, así que no sería difícil de encontrar.

Pero sería imposible iniciar un ataque armado contra Josh dentro de un casino. Así que tendría que ingeniárselas para quitarle la vida a este peligroso sujeto,

que era la única pieza faltante para ser completamente libre con Alice.

Al llegar al Casino “Gold Clover”, Brad baja de su coche y deja las armas dentro de este, primero deberá asegurarse de que Josh se encuentre allí.

Una vez dentro del glamoroso lugar, la gran cantidad de humo de cigarrillo no le permite definir los rostros de los presentes. Debe moverse con cuidado, pues si Josh lo reconoce, actuará inmediatamente, es un hombre peligroso.

Logra ver al fondo del casino, en una mesa de ruleta, a su último rival. Brad se acerca a la barra y toma su teléfono móvil, marca el número de Jane. El sueño de la chica es interrumpido abruptamente por el sonido del móvil.

— ¿Hola? — Dice la chica.

— Jane, es Brad. Necesito que tomes nota de una información.

Brad dicta lenta y detalladamente cada una de las direcciones en las cuales encontrará los cadáveres de sus compañeros. Es una primicia que servirá como último favor para su amiga. Luego de esto, cuelga repentinamente.

Deja caer un vaso de vidrio, aparentando que ha sido un accidente, pero toma una de los trozos de vidrio roto que resultan de la caída. Camina lentamente hacia Josh, quien está teniendo una buena serie de victorias y no nota su presencia.

Brad se coloca detrás de Josh, y sin pensarlo demasiado, corta la garganta del sujeto. Los presentes corren aterrados al presenciar el incidente mientras Brad intenta abandonar el lugar, pero cae sin fuerzas, ha perdido mucha sangre por la herida en su mano y pierde completamente el conocimiento,

Pasar una vida tras las rejas será su destino. Pero la integridad de Alice Adams está garantizada. Brad se declara culpable de todos los crímenes y es condenado a la pena máxima. Nadie sabrá jamás la razón de los asesinatos.

Todos los titulares hablan sobre la muerte de los 4 millonarios que habían vivido tiempos increíbles en la universidad, siendo ejecutados por uno de sus mejores amigos. Alice jamás olvidará la tristeza que había en los ojos de Brad la última vez que los vio, sabía que algo turbio se gestaba dentro de él.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — más o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

*[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)
— [Comedia Erótica y Humor](#) —*

[J*did@-mente Erótica](#)

*[BDSM: Belén, Dominación, Sumisión y Marcos el Millonario](#)
— [Romance Oscuro y Erótica](#) —*

[La Celda de Cristal](#)

*[Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso](#)
— [Romance Oscuro y Erótica](#) —*

“*Bonus Track*”

— *Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —*

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A

pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma

de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.